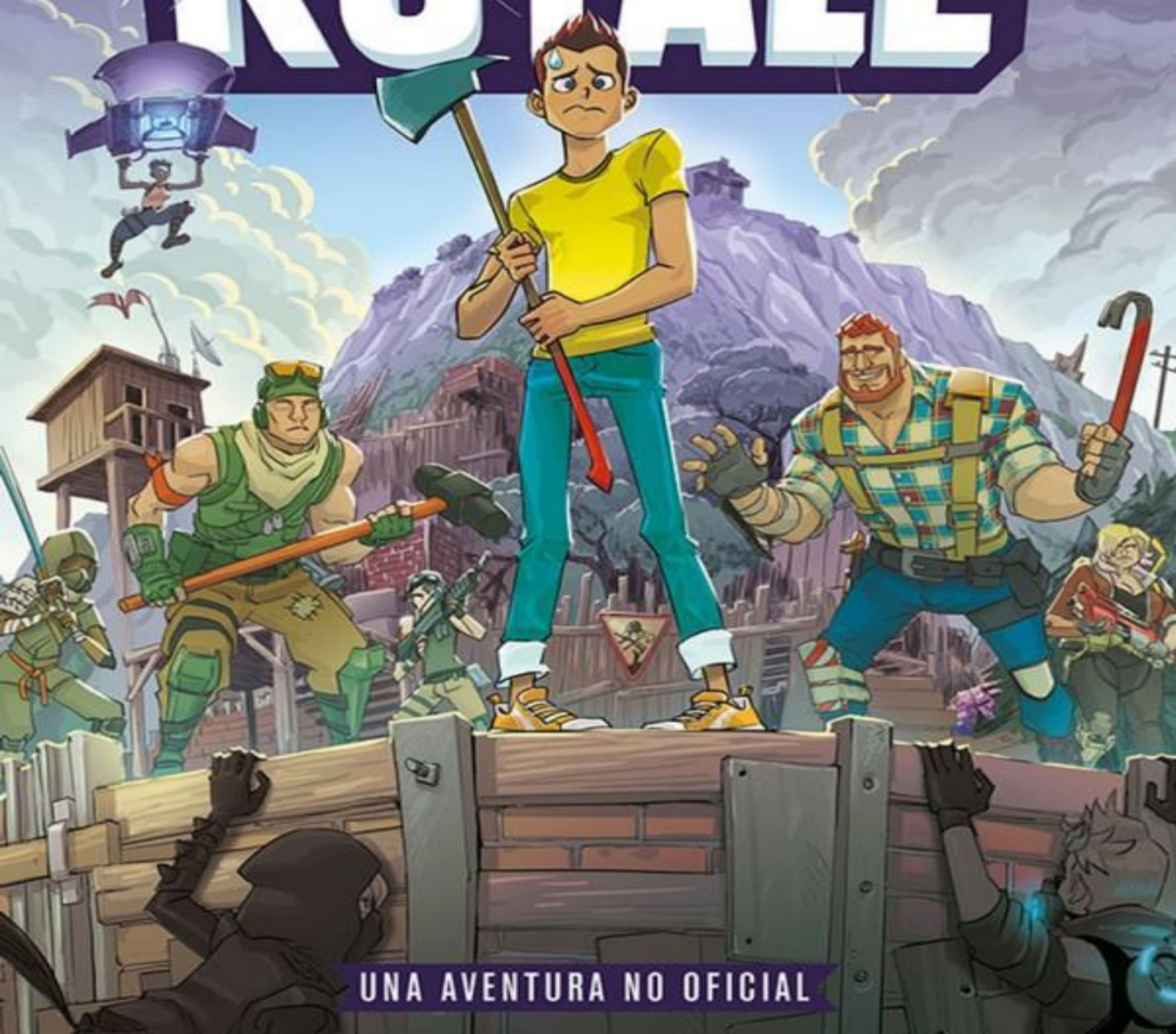


MATHIAS LAVOREL

PERDIDO EN BATTLE ROYALE



UNA AVENTURA NO OFICIAL

ÍNDICE

[PORTADA](#)

[SINOPSIS](#)

[PORTADILLA](#)

[1. UN JARRO DE AGUA FRÍA](#)

[2. LA HISTORIA SE REPITE](#)

[3. ¿POR DÓNDE SE SALE? \(LA ISLA PEQUEÑA\)](#)

[4. ¿POR DÓNDE SE SALE? \(LA ISLA GRANDE\)](#)

[5. ESTÁS DENTRO DE LA TORMENTA: ¡CORRE!](#)

[6. TERCERA PUERTA A LA DERECHA](#)

[7. UN FONDO VERDE ESPERANZA](#)

[8. CONSTRUIR UN MUNDO MEJOR](#)

[9. EL PRESENTIMIENTO](#)

[CRÉDITOS](#)

SINOPSIS

A los 17 años, Paul solo tiene un sueño: ¡convertirse en actor! Así que cuando le ofrecen un pequeño papel en una película, se lanza de cabeza... ¡literalmente! El único problema es que la isla en la que ruedan es un poco rara... Mini tormentas, autobuses voladores, llamas de colores y bailes extraños. ¿Podrá Paul conseguir una victoria magistral?

MATHIAS LAVOREL

PERDIDO EN BATTLE ROYALE

UNA AVENTURA NO OFICIAL

UN JARRO DE AGUA FRÍA

¡No, no, no! ¡Noooooooo! ¡Aaaah!

¡Eso no, eso no! No puede ser, todavía no... ¡Soy demasiado joven!

Me llamo Paul. Se supone que iba a cumplir 18 años dentro de unos meses. Pero, en lugar de eso, estoy a punto de morir.

Estoy precipitándome en caída libre, como una piedra desde lo alto de un acantilado. Cada segundo que pasa me acerco más al suelo. No tardaré en estamparme y acabar hecho papilla.

¡Glups...!

Un bicho, o cualquier otro cuerpo extraño, se me acaba de meter en la garganta. ¡Genial! Durante la caída, ya nadie oye mis gritos.

Me pican los ojos y, como el viento me empuja el cuerpo en todas direcciones, me retuerzo a lo bestia, como si tuviera una araña en los calzoncillos. Ojalá pudiera volver atrás para vivir mis últimos momentos con un poco más de dignidad.

¡Mmmpf, mpppf! ¡Aaaah! ¡Ay!

Con un último esfuerzo, consigo al fin extender los brazos y las piernas a tope. Aunque eso no me basta para volar como un pájaro, al menos ya no parezco el peluche de mi hermana pequeña sufriendo una de sus rabietas. Así, imitando a un agente secreto tipo James Bond, creo que tengo un aire más digno.

Es una pena morir tan pronto, ni siquiera podré conocer esa gran isla que se va desplegando debajo de mí. Tan bonita y colorida, con toda esa vegetación, un lago enorme y hasta un desierto. Diviso ciudades, edificios, granjas, un campo de fútbol y también piscinas. Con lo que me gusta a mí el deporte...

Lo más desesperante de todo es que, hace tan solo unas horas, creía que había conseguido el primer papel de mi vida. Un papel de extra, vale, pero ¡en una superproducción! Me iba a meter en el mundillo, de eso no había duda. Y ya ves, la estrella emergente del cine, llamada a

convertirse en un ídolo de masas, ahora está bajando al infierno a toda velocidad. Una carrera que se estrella antes incluso de empezar.



Es muy fuerte cuando lo piensas, pero en una caída libre el suelo se aproxima superrápido. El paisaje se dibuja claramente ante mis ojos, cada vez con más detalle, como si estuviera ampliando una foto con el móvil. Me planteo hacer la cuenta atrás, pero recapacito, porque la idea me acaba pareciendo bastante cutre. ¿Y si consigo dirigir mi caída hacia un árbol grande, un lago o el mar? ¿Me salvaría entonces? ¡Aaaah, todo va demasiado deprisa! No hay nada que hacer, ¡esto es el fin!

Diez minutos antes

Este autobús me da bastante yuyu. Pero en tan solo unos minutos estaré en un plató de cine y, solo por eso, ¡estoy dispuesto a todo! No sé quién será el ingeniero responsable de este horror de la mecánica, pero una cosa es evidente: está fatal de la cabeza. Ha instalado una turbina con un globo sobre un viejo autobús escolar para hacerlo volar. Oye, colega, ¿no te has enterado de que los sueños infantiles no son para hacerlos realidad? Para disimular el crujido de la chapa, al conductor no se le ha ocurrido nada mejor que poner la música a todo trapo. Así, además de morir cuando esta reliquia se estrelle, nos habremos vuelto sordos. ¡Guay! Sí, soy un quejica, pero cada uno se enfrenta a sus problemas como puede. Yo, personalmente, cuando estoy agobiado me pongo a pensar. Hay como cien personas a mi alrededor, a cuál más rara. Es un milagro que quepamos todos aquí dentro. Aunque de momento me dejo llevar, sinceramente espero que alguien venga pronto a decirme qué es lo que tengo que hacer.

De repente, todos se levantan, corren a la parte trasera del autobús y empiezan a tirarse al vacío en grupos de diez o quince. La cabeza me da vueltas, me pongo a temblar. ¿Qué están haciendo? Corro hacia una ventanilla y los veo caer en cadena. Vale, seguro que son especialistas de cine haciendo una prueba. Algo normal en el rodaje de una superproducción. A mí también me han dado una mochila al salir, ¡pero no me han dicho nada de tirarme en paracaídas! Vale, ahora soy casi el último que queda a bordo y esto tiene muy mala pinta. Empiezo a arrepentirme de no haber leído más que los encabezamientos de todos esos contratos que me han hecho firmar antes de salir. Ejem...

Vamos a esperar un poquito más.

Un tío apostado junto a la salida me ha hecho una seña para que me acerque. No parece muy simpático, y su sonrisa no me gusta. Me acerco a él pensando en el último helado que me he comido. Es un truco de actor que tengo para parecer tranquilo y sereno. Cuando me tiene a tiro, me agarra por el pescuezo como haría una leona con su cría y ¡zas!, me lanza al vacío sin mediar palabra. Yo miro al cielo y me pongo a gritar:

—¡¿ES QUE TE VAN A ARRANCAR LA LENGUA POR DECIR ADIÓS?!

Bueno, eso es lo que le habría dicho. Pero no me sale ningún sonido de la boca, ¡y no porque no la haya abierto a tope!

Y así es como me encuentro precipitándome al vacío.

Scruuch... Chiii... Fffft

Antes de que entienda lo que está pasando, la mochila que me han colgado a la espalda antes de despegar se abre con un ruido ensordecedor ¡y se transforma en una especie de planeador! Me dan ganas de gritar, de llorar, de reír. ¡ESTOY VOLANDO! No sé quién ha decidido salvarme, pero ¡está claro que hoy es mi día de suerte! Redoble de tambores...: ¡la estrella emergente ha vuelto!

¡Choooooooooof!

¡Qué agua tan fría! Acabo de aterrizar... o, mejor dicho, de caer rodando, en una charca no más profunda que una piscina infantil. Con tanta emoción, se me había olvidado que la gravedad seguía haciendo su trabajo sin preocuparse de mis insignificantes cambios de ánimo. Bajo la cabeza y me miro el cuerpo. Me palpo las piernas, los brazos, los hombros, mi cara sonriente... Noto la presión de las manos en el cuerpo, pero sin dolor. En resumen, ¡ESTOY VIVO! Y mojado. Pero vivo al fin y al cabo.

Salgo del agua, una tarea un poco más larga y laboriosa de lo que esperaba. En cuanto pongo los pies en tierra firme, veo que la superficie de la charca está lisa como un espejo. Una ojeadita rápida me basta para comprobar que mi ropa ya vuelve a estar seca. Y, sin embargo, no parece que haga mucho calor, ni tampoco mucho frío. Igual es que casi no me he mojado y me he montado una película yo solo. Para colmo, lo que me había servido de paracaídas ha desaparecido. Que no cunda el pánico, tiene que haber una explicación lógica para esto. Mi mochila era ligera como una pluma, seguro que ha ido a parar a pocos metros de mí, o bajo la treintena de centímetros de agua de la charca. Tranquilo, todo es normal. Eso es que sigo un poco trastornado, me pongo histérico por cualquier cosa. Solo tengo que calmarme y todo saldrá bien. Ahora, ¡en marcha! No estoy aquí para redactar una tesis sobre la permeabilidad de las aguas estancadas.

¡CÁLMATE YA! Todavía no he salido del estado de *shock*. Es eso, le doy demasiadas vueltas a todo, no lo puedo evitar. Bueno, se acabó, no hay que mirar atrás. Me tomo un momento para hacer algunas inspiraciones y espiraciones profundas para relajarme. Iiinspiraaar leentamenntee... pooor laaaa nariiizzzz... Hummmmm... Espirar rápidamente por la boca... ¡Fffu!

Después de repetir tres o cuatro veces este truquillo que aprendí mirando un vídeo de internet, me siento un poco mejor. Y no es para tanto que no pueda hablar, solo he venido para hacer de extra. Con una última exhalación, relajo los hombros y los músculos en general.

Bueno, ¿cómo está el panorama a mi alrededor? A mis espaldas, hay una granja con varios cobertizos. Por allí ni me acerco: no me gusta mucho el campo. O, para ser más exactos, al campo no le gusto mucho yo. Entre las ortigas, las avispa, las zarzas y todas las cosas de la creación que se empeñan en picarte, pincharte o ponerte enfermo para el resto de tu vida, el mensaje está claro: «¡Quédate en tu casa si no quieres problemas!». Y, la verdad, como en casa, en ningún sitio. Aunque tampoco digo que no a una pequeña excursión, a menos que el guía local sea de los que van por ahí con unas katiuskas y una horca en la mano. No es que tenga nada en contra del típico señor con boina y un cigarrillo en los labios, pero del chucho con manía persecutoria por las piernas del primero que se le acerque, yo paso. Así que, a la granja, otro día será. Si no recuerdo mal, al caer he divisado una estación de servicio no muy lejos. Prefiero arriesgarme con las emisiones de gasolina. A lo mejor allí habrá alguien más o menos dispuesto a ayudarme. Por no mencionar que allí podría comprar chuches, o chocolate, o algún refresco estimulante. Después de una caída así, me lo he ganado.

Vamos allá, por algún lado tiene que haber un gran equipo de rodaje, y lo encontraré. ¡Una gran producción de superhéroes con villanos venidos del espacio para conquistar el mundo no es algo que pase desapercibido! Y yo tengo que participar sí o sí en esa aventura. Al fin y al cabo, ¡ya he firmado! Y, con todos los papeles que he tenido que rellenar, una cosa es segura: tienen mi nombre, y tienen que saber que estoy en camino. Lo mismo están buscándome ya. Solo tengo que llegar a la cumbre de esa pequeña colina que hay enfrente, y después ya veremos. Ganando

un poco de altura, tendré una mejor panorámica para orientarme.

Curiosamente, me siento en plena forma y trepo como un cabritillo. Hop, hop, hop, voy dando saltos al escalar por el montículo. Vale, tampoco es que sea la ascensión del siglo, pero ni siquiera me canso. Será por la emoción. Confieso que, aunque no sea muy de campo, me está sentando fenomenal estar al aire libre.

Llego a la cima, que está coronada por algunos árboles. El paisaje es bastante accidentado. Al otro lado de la colina, a la derecha, me parece ver el tejado de la gasolinera, pero enfrente de mí, algo más lejos, hay unas construcciones de lo más raras, con tejados de pagodas, como las de mi restaurante asiático favorito. Esos edificios no pegan nada en mitad del campo, la verdad. Hum... Igual es como esa peli de Bruce Willis que tenía que ambientarse en Francia y que al final la acción se trasladó a China para llegar a un público más amplio. ¡Fijo que esos tejados forman parte de los decorados de la superproducción! La estrella en ciernes no se ha olvidado el cerebro en casa, y eso es una buena noticia. Adiós, estación de servicio, ¡el barrio chino me espera!

Bajo una cuesta, subo otra..., ¡estoy hecho todo un senderista! Antes no me había fijado, pero en un montículo hay un pequeño templo aislado que ahora me llama la atención. Despide una luz muy misteriosa. Me muero de ganas de acercarme hasta allí de un salto, pero no es plan. No tengo que desviarme de mi objetivo, que es llegar a esa torre de varios pisos que parece un restaurante. Es de suponer que allá abajo habrá más gente, y además no quiero arriesgarme a ofender a un dios que maldecirá a mi familia durante cuarenta generaciones. Sigo un caminito serpenteante, y, cuanto más me acerco, menos diría que ese sitio está habitado. Aunque también se ven una especie de mesas de pícnic que dan al conjunto un aire muy familiar.

De repente, oigo a alguien corriendo dentro del edificio y luego suena un portazo. O mucho me equivoco o la persona en cuestión se pone a bajar rápidamente una escalera. Intento gritar para anunciar mi presencia, pero sigue sin salirme ningún sonido de la boca. ¡Qué rabia! No sé qué me ha pasado al caer, pero voy a tener que exprimir mi gran talento de actor para explicar con mímica quién soy y qué estoy buscando. Buffff... Con la suerte que tengo, voy a acabar con una camisa de fuerza en una ambulancia.

Me doy cuenta de que, en algún momento mientras pensaba todo esto, los sonidos han cesado. Sigo avanzando, y de pronto oigo una especie de zumbido.

¡Crrrrrrrrrrrac! ¡Buummm!

Ha habido una extraña explosión. ¿Estará herida la persona de antes? Voy a tener que darme prisa, porque, en ese caso, cada segundo cuenta. Corro como un poseso hasta la entrada, abro la puerta de una patada y entro sin más. Nadie. Hay unas columnas y una escalera de madera, pero ni un mueble, nada de nada. Oigo un silbido inquietante. Algo me ha dado, y de repente me siento cansadísimo. Me doy la vuelta. La puerta sigue abierta de par en par detrás de mí, y me parece ver a alguien. Un segundo silbido, y todo se vuelve borroso. Antes de entender lo que me ha pasado, pierdo el conocimiento.

LA HISTORIA SE REPITE

Abro los ojos lentamente. ¡Estoy fresco como una rosa! Me encuentro a un lado de una pista de despegue. A mi alrededor, hay gente bailando, jugando con armas de fuego falsas o esperando sin más, como yo. En el centro de la pista hay un enorme autobús trucado y medio destartado, como si hubiese salido de una peli de *Mad Max*. Estamos esperando a que lo acaben de arreglar para que nos lleve al lugar de rodaje. A pesar de todas las advertencias, e incluso burlas, he conseguido que me fichen para actuar en una superproducción. El cine y yo estamos hechos el uno para el otro, y voy a demostrárselo al mundo entero.

Me siento un poco raro, esta espera se hace interminable. Además, tengo la sensación de haber vivido ya esta situación. Dicen que el *déjà-vu* es una reacción del cerebro para afrontar momentos de estrés. Debo de haberme amodorrado unos instantes. No suelo acordarme de mis sueños, pero el que he tenido ahora lo recuerdo perfectamente: la caída al vacío, el edificio asiático desierto, la explosión...

Un poco nervioso, examino mi cuerpo en busca de alguna herida. Nada. Ni siquiera unas agujetas o un calambre. Todo parece normal.

«¡SALIDA DEL AUTOBÚS DE COMBATE EN DIEZ SEGUNDOS!»

¿Cómo? ¡¿Qué movida es esta?! Pues sí que se han dado prisa los mecánicos en poner a punto esta antigualla. Trago saliva. En mi sueño, esta máquina alzaba el vuelo, pero ahora eso me parece descabellado. Igual es que el autobús va en un montacargas gigante o algo así. Al fin y al cabo, esto es el cine, el paraíso de las apariencias. Bueno, no es plan de quedarse atrás ahora. Sea como sea, debo llegar al rodaje, más que nada porque no tengo ni idea de su ubicación. Se pasan con tantas normas de confidencialidad.

Me instalo en un asiento pequeño y muy incómodo. Tengo un nudo en el estómago. Todo está sucediendo exactamente igual que en mi sueño. Respiro. Me he sentado al lado de la ventanilla. Es lo que hago siempre que me subo a un medio de transporte. Así puedo mirar al exterior y de paso evitar cualquier contacto con los demás pasajeros. ¡Sobre todo cuando mi vecino se perfuma con «Esencia de pies N.º 5»! Esto se suele arreglar pegando la nariz a la ventanilla, pero esta vez el cristal está tirando a asqueroso y encima me ha salido un grano en la nariz. Me he pasado de listo... ¡Oooh! ¡No, no, no! En cuestión de segundos, la máquina

despega. Miro a mi alrededor para escrutar las reacciones de los demás pasajeros, porque ¡ES UN AUTOBÚS QUE VUELA! Pero parece que a todo el mundo le parece de lo más normal. Pues nada, a fingir tranquilidad. No vaya a quedar como un blandengue.

Qué fuerte, este trasto no para de ganar altura. Se dirige a una gran isla. Desde aquí, estoy viendo además que el punto de partida del autobús también era una isla, aunque más pequeña. No parece que esos dos trozos de tierra estén muy alejados entre sí. Me pregunto por qué no hemos cogido un barco para desplazarnos, o cualquier otra clase de vehículo que por lo menos respete las normas de seguridad. Igual es que esto forma parte del rodaje.

Oh-oh... Han abierto las puertas del fondo, y todo el mundo se pelea por salir. Seguro que son espe... cia... lis... ¡Glups! Ahora sí que estoy flipando. ¡Todo es clavado a mi sueño! Todavía es posible que haya otra forma de bajar que sea un poco menos expeditiva. Otra vez soy el último, y un tipo con pinta de legionario reconvertido me hace señas. Para evitar que mi pesadilla sea premonitoria, voy a recurrir a la diplomacia. Me levanto, me acerco lentamente y me doy dos golpecitos en el pecho con el puño para que vea que soy un tío guay. Somos hermanos, no quiero líos. Antes de ponerme al alcance de su brazo, le voy a explicar la situación.

¡Qué agobio! Me he quedado mudo. Mis antiguos profes y mi familia estarían encantados de saber que, a partir de ahora, no me va a salir ningún sonido de la boca. Desde luego, sería un alivio enorme para...

¡Aaaaah!

Este mameluco no está para dialogar. ¡Me agarra y me arroja al vacío como si fuera un saco de patatas! No sé quién es, ¡pero lo ODIO! No eran imaginaciones mías, realmente esta situación ya la he vivido antes. ¡Socorro! Otra vez el vacío, la velocidad, el ruido y el suelo acercándose a marchas forzadas. ¡Me va a dar algo! Respira. Al menos, ahora sé qué tengo que hacer. Primero, la postura correcta...

Ññññ... Arrrrfff...

¡BIEN! Otra vez panza abajo, con los brazos y las piernas extendidos para ralentizar la caída. Y luego hurgo en mi equipo para activar...

SCRUUCCHHH... CHII... FFFFT

... a mi ángel de la guarda. ¡Dios mío! Este planeador me da muy mal rollo. Parece podrido, hace un ruido espantoso y a cada segundo amenaza con romperse en mil pedazos. Esto es un infierno. Pero ¿qué he hecho yo para contrariar al universo hasta este punto? No encuentro ninguna explicación racional para toda esta movida. Me están entrando hasta ganas de llorar.

Me acerco a un sitio nuevo que parece una gran fábrica, y mi trayectoria me lleva directamente a una gran explanada que sin duda es el aparcamiento. Algo más lejos, me parece reconocer el templo asiático de la otra vez. Dentro de pocos segundos, voy a tocar el suelo. Solo que ahora no hay agua, sino tierra firme. ¡Qué miedo me da! Cierro los ojos y me concentro al máximo, como si fuera un maestro *jedi* capaz de utilizar la Fuerza para evitar el peligro.

¡Plaf!

¡Uau! ¡No ha estado nada mal! Seguramente no ha sido el más glorioso de los aterrizajes, pero no tengo ni un rasguño. Me pongo de pie, de nuevo en plena forma. Ya está, ya puedo respirar un poco. Este lugar está desierto. Me muero por tener un interlocutor, una persona normal con la que hablar del tiempo o de cualquier otro tema. En medio de la explanada, en lo alto de una columna inmensa, se alza el cuarto de baño más grande que haya visto nunca. Ya no hay lugar a dudas, el universo me está enviando un mensaje clarísimo. Si llevara mi móvil, subiría esto a Youtube y mi vídeo se haría viral.

Nada tiene sentido. De repente, me pongo a mirar a mi alrededor con mucha atención. ¿No será que hay una gran cámara oculta por ahí? O quizá sea algún tipo de test, una prueba para determinar si tengo madera para ser el nuevo Tom Cruise. Levanto la vista hacia el cielo y señalo las nubes con el dedo. Aunque ya no me salga ningún sonido de la boca, en mis ojos se puede leer: «¡Oye, tú! ¡El de arriba! No sabes aún quién soy, pero vas a descubrir muy pronto que ya está aquí la superestrella que va a arrasarlo en todo el mundo. Que lo sepas».

Poner los puntos sobre las íes, aunque haya sido en plan silencioso, me ha sentado bien. De todos modos, tampoco es que tenga muchas opciones, y quedarme aquí lamentándome no va a cambiar nada. Ya que estoy aquí, lo mejor será que me ponga a buscar la recepción de la fábrica. Justo en este instante, me llega el mismo ruido que en la casa asiática. Un extraño zumbido. Este parece venir de un camión volquete que hay aparcado no muy lejos. Me encantan esos camiones. Tenía uno cuando era pequeño, y con él podía transportar cualquier cosa: mis peluches, mi vieja Nintendo 3DS y hasta a mi hermana pequeña.

Qué raro, del volquete parece que sale una luz muy fuerte. Me gustaría subirme dentro para saber qué es esa luz, pero, al mismo tiempo, no quiero que alguien me pille cotilleando. ¡Vaya primera impresión que daría! Prefiero no arriesgarme, es lo más sensato.

Cuanto más me acerco al edificio, más convencido estoy de que, una vez más, está desierto. Esto es de locos. ¿Se puede saber qué está pasando en esta isla? Sumido en mis pensamientos, doy un respingo al ver aparecer, como de la nada, a una chica en el tejado de la fábrica. Lleva un disfraz de oso rosa, y está apuntándome a la cabeza con una ametralladora ligera. Me quedo clavado en el sitio, dividido entre el terror y la fascinación que me provoca esta visión delirante. El símbolo del *kawaii* y del amor, armado hasta los dientes, me está encañonando. No tengo tiempo de averiguar si es una de esas armas falsas que he visto en la pista de despegue del autobús, porque...

BRrrrrraAAAaaa BRrrraaaAAAA BrrrrrAAAaaaaa...

Abro los ojos lentamente. ¡Estoy fresco como una rosa! Miro a mi alrededor y ¡¡OH, NO!! Vuelvo a estar en la pista de despegue. ¡Otra vez, no! ¿¿Pero qué está pasando aquí?? No solo he vuelto a perder el conocimiento, sino que estoy una vez más en esa isla pequeña.

Presa del pánico, corro hacia la gente que me rodea, pasando de una persona a otra, con la esperanza de cruzarme con una mirada comprensiva o tal vez de hallar consuelo. Pero eso es peor aún. Lo único que recibo a cambio son bailes, disparos al aire o incluso un desprecio total. Haciendo un último esfuerzo, pongo en práctica mis cursos de teatro. Recorro a todo lo que se me pasa por la cabeza para describir con mímica el aislamiento mental: corro en círculos, camino hacia atrás, me pongo en cuclillas. Sin éxito. Impotente ante tal situación, rompo a llorar.



Sollozando, con la cabeza hundida entre las manos, noto una presencia. Separo los dedos y distingo un par de zapatos junto a los míos. Me recompongo, intentando mantener la compostura. Un chico de más o menos mi edad está allí plantado, casi pegado a mí, inmóvil. En un acto reflejo, retrocedo un paso. Y entonces, sin previo aviso, el chaval se marca un *dab dance* frenético. Decidido: estoy en plena pesadilla. No hay otra explicación posible para todo esto. Nadie haría algo así en el mundo real, nadie. Si fuera la noche antes de la vuelta al cole, soñaría que estoy en el patio sin zapatos o incluso sin pantalones. Viene a ser lo mismo, son los nervios. Así que voy a despertarme... ¡AHORA!

«¡SALIDA DEL AUTOBÚS DE COMBATE EN DIEZ SEGUNDOS!»

Nada está saliendo como imaginaba, estoy que muerdo. Sin pensar, salto dentro del vehículo. Se acabaron las buenas maneras. ¿Queréis jugar? Pues vale, vamos a jugar. El autobús empieza su habitual descarga de tarados. Una vez que la primera mitad ha saltado, cojo carrerilla y, rodeado de una docena de personas más, me arrojo al vacío.

¡YUJUUUUUU!

Por supuesto, finjo una seguridad total, aunque no las tengo todas conmigo. A mi alrededor, veo que algunos ya han abierto directamente su planeador. ¿Cómo lo hacen? Empiezo a palparme el pecho por todas partes con las palmas de las manos hasta que...

SCRUUCCHHH... CHII... FFFFT

¡Toma ya, ha funcionado! ¡Resulta que había un botón por ahí que despliega este chisme! ¡Ja, ja, ja!

SCRUUCCHHH... CHII... FFFFT

¡Nooooooo! No sé qué he hecho, pero el planeador se ha cerrado otra vez y ahora vuelvo a caer a plomo, haciendo zigzag entre los paracaidistas.

SCRUUCCHHH... CHII... FFFFT... ¡Aaaah!

Estoy acercándome peligrosamente al suelo cuando por suerte la broma se acaba y el planeador se estabiliza en posición abierta. ¡Uf! Sobrevuelo una gran ciudad. Hay edificios, una cancha de básquet y... Aún no he tenido tiempo de observarlo todo que empiezo a oír unos silbidos. Bajo mis pies hay una horda de francotiradores aficionados que van acribillando todo lo que se mueve. En esta isla está pasando algo que se me escapa. ¿Será la superproducción? ¿Estarán rodando escenas sin molestarse en avisarnos? En los rodajes que yo he visto (en la tele, claro) hay iluminación, cámaras, técnicos, pero aquí, por mucho que mire por todos lados, no veo nada de eso.

Una a la derecha, otra a la izquierda, dos sobre mi cabeza. Las balas vuelan todas hacia mí. Al inclinarme para esquivarlas, descubro que estoy cambiando la trayectoria de mi descenso. O sea, que este sistema te permite dirigirte hacia donde quieras. ¡Ay! Creo que me han dado. Empiezo a notar el mismo cansancio que las otras veces que me he desvanecido. Rápido... girar, maniobrar, virar. El tiroteo se intensifica y hago todo lo que puedo para alejarme de la zona crítica. Sigo revoloteando para esquivar los tiros con la misma gracia que una bolsa de plástico pillada en una corriente de aire. Finalmente, estoy a punto de aterrizar a pocos metros de la puerta entreabierta de un garaje. Tal vez pueda colarme dentro. Intento llegar hasta allí cuando, una vez más, la oscuridad cae sobre mí y... se cierra el telón.

Abro los ojos lentamente. ¡Estoy fresco como una rosa! Pero ¡NOOO! Otra vez estoy en la isla pequeña, rodeado de la más absoluta indiferencia. La gente se comporta igual que antes, ¡como si no pasara nada! ¿Y esa nueva moda de acribillar a la gente, sin avisar ni nada, con balas somníferas? ¿De qué vais? Que estoy vacunado de todo, no hace falta anestesiarme. Y además fui expresamente a que me ponieran todos los recordatorios antes de venir aquí, así que tomadla con otro, ¿vale? Si con esto pretendéis anular a la bestia salvaje que acecha en mi interior, estáis provocando justo el efecto contrario, ¡QUE LO SEPÁIS!

Cinco veces, diez veces, treinta veces vuelvo a subirme a ese autobús del demonio. Y dondequiera que aterrice, camine o corra, lo único que consigo sistemáticamente es que me tireen, ametrallen, ensarten con estacas escondidas en paredes, o incluso que me atomicen con un proyectil de bazuca. Si me zambullo en el mar, salto de un puente o de lo alto de una montaña, el resultado es el mismo. Poco importan el lugar y la duración de mis escapadas, la historia se repite una y otra vez. Vuelve directamente a la isla pequeña. Sin pasar por la casilla de salida. Y sin cobrar los 20.000 euros. ¡Tengo que hacerme a la idea de que he acabado en la cárcel! Pero eso quiere decir que los demás están pasando por lo mismo que yo, ¿no? ¡Si al menos pudiera hablar! Esto es asfixiante, necesito comunicarme con alguien.

¿POR DÓNDE SE SALE? (LA ISLA PEQUEÑA)

No estoy durmiendo ni soñando. Me tienen prisionero en estas dos islas a las que a partir de ahora llamaré «la Isla Pequeña» y «la Isla Grande». Me reconforta un poco dar nombres a las cosas y a las personas que conozco poco o nada.

¿Qué día es hoy? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Una semana? ¿Dos? Con tantas emociones, ni siquiera me he parado a contar los ciclos de día y noche que han transcurrido. Recapitulemos. Una moneda tiene siempre dos lados: si he entrado, tengo que poder salir también. Solo necesito un método y disciplina. Voy a comenzar mi investigación aquí, en la Isla Pequeña. Ya que llegué por aquí, seguramente es aquí donde tengo más posibilidades de salir.

Este lugar sigue unas normas básicas muy estrictas que no te explican en ninguna parte. Algunas se aplican a las dos islas, pero cada una tiene sus particularidades. Esto es lo que he aprendido hasta ahora: es imposible hablar. No sé cómo, pero las cuerdas vocales se bloquean. Los días pasan sin que tengas necesidad de comer, beber ni dormir. También se acabó lo de hacer cola para ir al váter. Pero entonces, ¿qué pintaba esa fábrica de cuartos de baño? Me huelo que los edificios no son más que decorados de cine. Eso explicaría por qué no hay muebles ni gente en ningún sitio. ¿Será algo temporal? Haré unas pesquisas, y así seguro que al final encontraré la solución.

«¡SALIDA DEL AUTOBÚS DE COMBATE EN DIEZ SEGUNDOS!»

Instalado en el asiento, al lado de la ventanilla, me pongo a pensar. Todo lo que se destruye vuelve a aparecer tal y como estaba, en el mismo sitio. La Isla Pequeña sirve de punto de partida. Todo está permitido, sin que nada tenga la menor consecuencia para nadie. Aquí es donde vuelves al recobrar el sentido, y donde es imposible perderlo. Pero cuando el autobús está a punto para despegar, todo el mundo tiene que subirse, sin excepción. Esto me ha obligado a ir de acá para allá constantemente entre las dos islas. He hecho todo lo posible para escaquearme, pero el gorila del autobús siempre consigue encontrarme y atraparme. Y, si me niego a saltar, me lanza del vehículo.

En cuando a la Isla Grande, lo único que he descubierto hasta ahora es que allí uno enseguida acaba perdiendo el conocimiento. ¿Para qué ir, entonces? ¿Qué interés tiene? ¿Qué es

lo que motiva a toda esa gente a enfrentarse a ella? Hay muchas preguntas que siguen siendo un misterio para mí. Pero ya examinaré la cuestión de esa isla y sus problemas más tarde. De momento prefiero concentrarme en la Isla Pequeña. Voy a tardar menos en explorarla, y puede que encuentre bastantes cosas que me sirvan para el futuro. Mientras tanto, ahora me toca lanzarme al vacío.

Desde hace un tiempo, valoro especialmente el momento de abrir el planeador justo después de haber saltado. Me cuesta creer que haya acabado diciendo esto, pero es la pura verdad. Cuando planeo a esta altura, vivo uno de los escasos instantes en los que me siento casi sereno. El viento que me empuja, la belleza que se extiende a mis pies y el lento descenso, durante el cual puedo ir adonde yo quiera, me proporcionan un sentimiento de libertad que valoro cada vez más. Es en esos instantes cuando encuentro la energía para seguir.

Me acerco despacio a la ciudad más grande que hay. Dentro de unos segundos, estaré al alcance de los disparos. Aterrizar en un lugar muy concurrido es el medio más rápido que he encontrado para desvanecerme. Ajá, ya estoy oyendo los primeros tiros, así que no voy a tardar nada en perder el sentido. ¡Genial, tengo prisa por comenzar a explorar la Isla Pequeña!

Abro los ojos lentamente entre el frenesí habitual que anima la pista de despegue.

Vamos allá, ya puedo empezar mi ruta turística. Por culpa de las constantes salidas del autobús, he necesitado algo más de una docena de idas y venidas para tener una visión más o menos precisa de la Isla Pequeña. Muy poca vegetación, un puñado de árboles, pequeñas colinas sin interés. Es un campo de aviación abandonado, en el que todavía hay carcasas de aviones, casetas y hangares decrepitos, además de una zona de carga con contenedores vacíos. Debí de pertenecer al ejército, como atestiguan una barra de ejercicios de madera y una zona de obstáculos formada por neumáticos.

¡Cómo me molan los neumáticos! El ejercicio consiste en atravesar la zona corriendo sin romperse la crisma en el intento. Por eso en cada salto hay que ir con mucho ojo para meter los pies en el centro, donde estarían las llantas. Lo mejor de este circuito es poder rebotar como en una cama elástica cuando caes sobre los neumáticos. No acabo de entender su finalidad, pero es superdivertido.

Está bien reírse un poco, porque el sitio en sí es de lo más agobiante. Es como si el mundo real hubiera desaparecido con un chasquido de dedos, o como si me encontrara atrapado en una especie de maldición. Pero más vale no pensar en eso. En cuanto a las vías de acceso, es imposible llegar hasta el mar a pie. No solo no hay ningún camino que acceda a él, sino que un campo magnético con un extraño poder impide a cualquiera acercarse al borde de los acantilados que enmarcan la isla. También he buscado túneles por todas partes. Una vez más, sin éxito. No hay ninguna trampilla a la vista, y eso que he inspeccionado a conciencia cada edificio. También he pasado mucho tiempo registrando la vegetación por si ocultara cualquier entrada a un pasadizo subterráneo.

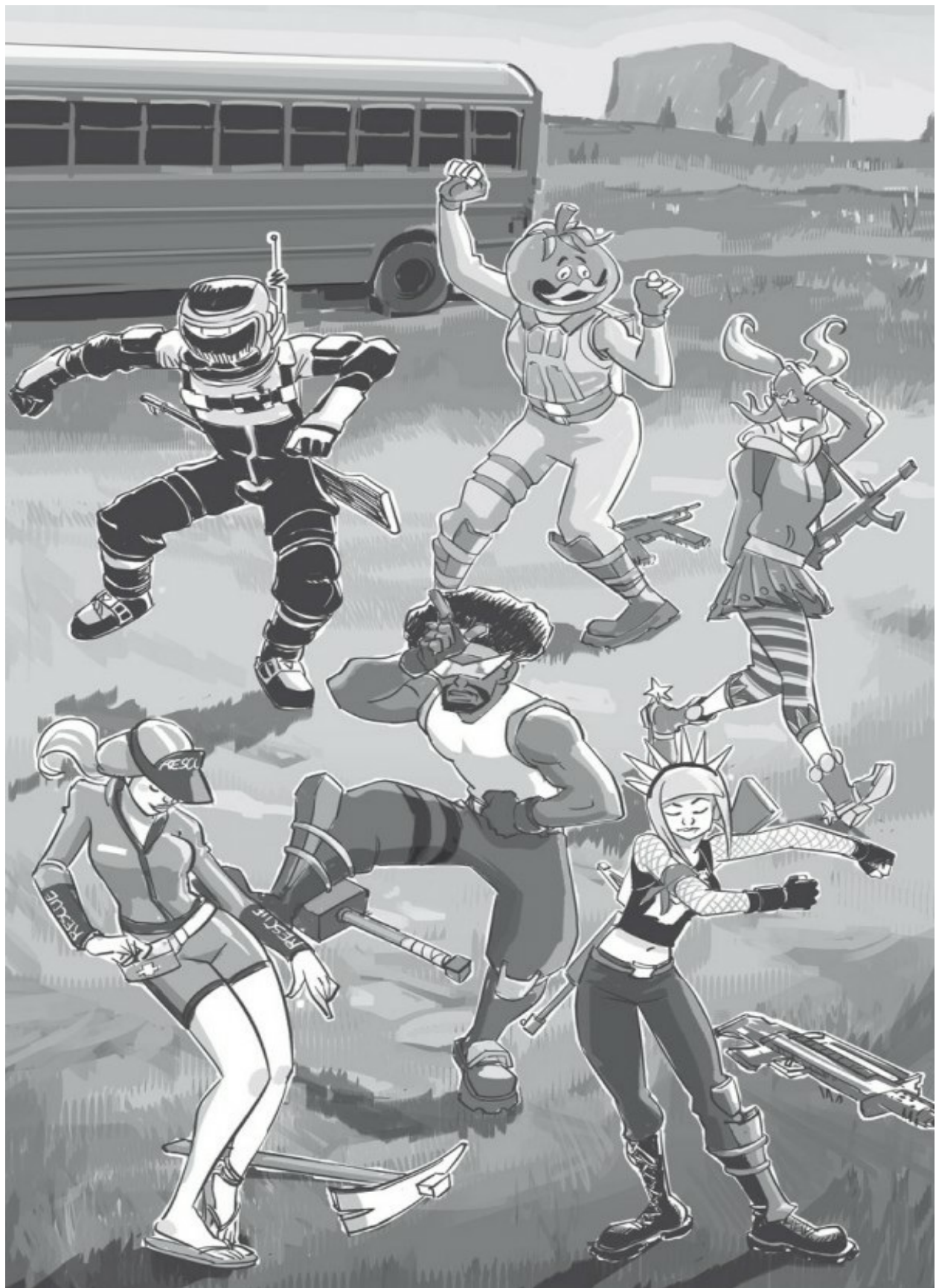
No queda otra vía que por aire. Y ahí es donde la cosa se vuelve interesante. Además de la pista de despegue utilizada por el autobús, hay una plataforma para helicópteros. Hasta ahora, no he visto ni oído ni uno de estos vehículos. Pero ¿quién sabe? Seguiré atento.

Aunque el balance parece algo decepcionante de entrada, mi pequeña investigación me ha enseñado un montón de cosas sobre la población imperante. En principio, la proporción de hombres y mujeres es más o menos equivalente. Hay muchos con máscaras y cascos, lo que complica un poco su identificación. De hecho, no sé ni de dónde los han sacado. ¿Tienen alguna utilidad, alguna función? Está claro que aún me quedan muchas cosas por descubrir.

En cualquier caso, se distinguen cinco tipos de individuos. Evidentemente, es una

generalización, siempre hay excepciones y casos aparte, pero a grandes rasgos tenemos:

- **LOS PSICÓPATAS DE GATILLO FÁCIL:** la Isla Pequeña está repleta de armas de fuego falsas. Basta con agacharse para coger una. Los disparos son inofensivos para la gente, pero son muy ruidosos y dan mal rollo. Esta peña vacía un cargador tras otro, a pesar de la inutilidad del gesto. Será su forma de matar el tiempo (muy guay todo).
- **LOS ANIQUILADORES:** recuerdan a los psicópatas de gatillo fácil, pero son más eficaces. Van a saco. Según ellos, hay que reducirlo todo a la nada, y esa intención tiene que ir por fuerza acompañada de un resultado visible. Quieren aniquilarlo todo, hacerlo desaparecer todo. Son la bestia negra del medio ambiente. Si un día necesito hacer borrón y cuenta nueva del pasado, iré a buscar a uno de ellos.
- **LOS CONSTRUCTORES:** son lo opuesto a los aniquiladores. Para ellos, cada segundo tiene que aprovecharse para construir una estructura. Trabajan con madera, piedra y metal. Muy rápidos y eficaces, no dudan en recolectar y reciclar cualquier materia prima para aplicarla a la obra nueva. Su placer inconfesable es el de trepar lo más deprisa posible sobre sus construcciones. Tienen el síndrome de Leonardo DiCaprio en *Titanic*. Si pudieran lanzar los puños al aire y exclamar «¡Soy el rey del mundo!» en lo alto de sus edificaciones, lo harían cada vez. El peor enemigo del constructor es el aniquilador. En cuanto alguien levanta la primera pared, estalla la guerra. Los dos clanes son tercos como mulas, lo que da lugar a escenas surrealistas en las que unos reconstruyen sin descanso en el mismo lugar lo que otros se empeñan en destruir en un santiamén (¡magnífico!).



- **LOS JUERGUISTAS:** a primera vista, son los más simpáticos. Adoptan poses divertidas, bailan, hacen grafitis. Pero, si lo piensas bien, en realidad son los que dan más miedo. Porque, en este contexto, uno se pregunta qué puede entusiasmar hasta ese punto a alguien en su sano juicio, ¡sobre todo teniendo en cuenta que están atrapados en un bucle y encima no pueden hablar! ¿Quién haría eso? Pues gente muy enferma.

Y, ya puestos a hablar de gente muy enferma, la última categoría también es de juzgado de guardia:

- **LOS IMPASIBLES:** no se mueven ni un milímetro. Son auténticas estatuas. Tratar con ellos viene a ser como adoptar una piedra como animal de compañía. Su interacción con el resto del universo es nula, tanto que conseguir mover a uno es todo un reto para los demás «habitantes». No hay nada que hacer. Dispararles, construirles encima, pintarlos, nada puede con ellos. Es como si estuvieran totalmente resignados a la suerte que les espera. Es bello y terrible al mismo tiempo.

Me he dado cuenta de que, entre los impasibles, hay como una tendencia al ritual. No se quedan plantados en cualquier sitio al azar. La mayor parte vuelve siempre al mismo sitio.

Me fijé en eso, creo, la segunda o la tercera vez que pasé delante de la plataforma para helicópteros. Me fijé en una chica que estaba muy erguida pero sin ir de chulita, solo tenía los pies bien anclados en el suelo y los hombros hacia atrás. Tampoco iba en plan provocativo; al contrario, más bien era tan discreta que me pregunté cuánto tiempo habría pasado allí antes de que me fijara en ella. Me paré en seco para observarla. Por supuesto, ella no se movió ni un pelo. Estaba justo en el centro del círculo, con los pies perfectamente alineados con la barra de la H dibujada sobre la pista. Era evidente que esa posición tan curiosa no era fruto del azar. Cuando seguí mi exploración, mantuve ese pensamiento en la cabeza. Esa gente me hacía pensar en los insectos palo que he visto en los terrarios. Se parecen tanto a la madera que se confunden con las ramitas sobre las que reposan. Pero, en cuanto te fijas en uno, empiezas a verlos todos. Con los impasibles pasa lo mismo: casi todos a los que he podido observar se sitúan en lugares específicos y en posturas especiales. Alucinante.

No puedo evitar hacerme la misma pregunta una y otra vez: ¿somos todos seres humanos? ¿O estamos rodeados de clones y robots, como en la peli *Almas de metal*? Nadie sangra, nadie estornuda, nadie escupe. Ningún fluido aparece por ninguna parte. Esta idea me asusta a más no poder. ¡Razón de más para encontrar la salida cuanto antes!

Sea como fuere, me acerco cada vez más a una certeza: aquí no voy a encontrar mi salvación, la Isla Pequeña no es más que un lugar de tránsito. La salida se encuentra más allá, en la Isla Grande. ¡Tengo que proseguir con mi exploración, hasta que encuentre el modo de escapar de este infierno!

«¡SALIDA DEL AUTOBÚS DE COMBATE EN DIEZ SEGUNDOS!»

¿POR DÓNDE SE SALE? (LA ISLA GRANDE)

Desde la ventanilla del autobús observo la topografía de la Isla Grande. Tiene forma de disco con un contorno desigual. Más o menos como una gran tortita mal hecha, de aquellas que salen cuando viertes la pasta en la sartén de cualquier manera. En mitad de la isla se ve perfectamente un gran lago del que salen dos ríos que desembocan en el mar. Uno hacia el norte, otro hacia el sur. Esa distribución me va a servir para organizar mi exploración.

Al oeste se despliega una región montañosa de imponentes cumbres. Las ciudades de esa zona son las más grandes. El este se compone en general de llanuras, y representa la parte más agrícola de la isla. Este breve examen no estaría completo si no mencionara la pequeña zona desértica que hay al sureste. Su presencia es un poco incomprensible. ¿Será que la tierra es diferente allí? ¿O que hay un microclima? Si hubiese pasado menos tiempo haciendo garabatos en las clases de geografía, a lo mejor tendría una idea más clara.

¿Por dónde empiezo? Mi prioridad es evitar al máximo perder el conocimiento. Cuanto más tarde en desvanecerme, más tiempo pasaré sobre el terreno y más eficaz seré. Por tanto, tendré que intentar ser invisible, confundirme con el entorno y pasar completamente desapercibido. Un camaleón, eso es lo que voy a ser.

Los trayectos en autobús son simples, una línea recta que atraviesa la isla de punta a punta. Los «habitantes» tienen por costumbre lanzarse lo antes posible, así que yo saltaré por sistema en el último momento. Una vez en el exterior, mi máxima prioridad será dirigirme hacia un sitio aislado, en la costa. Es evidente que no va a llegar nadie por mar. Y eso limita las posibilidades de que alguien se me acerque silenciosamente por la espalda para darme una sorpresa. Si puedo ver venir de lejos las amenazas potenciales, lógicamente tendré más tiempo para buscar una solución.

Todo el mundo ha saltado ya. Me levanto del asiento antes de que el gorila la tome conmigo. Lo miro a los ojos y lo recompensó con un pequeño gesto de complicidad. No te canses, colega, conozco la salida: «¡Sayonara, baby!». Sé que no ha oído nada, pero para mí es como si lo hiciera. Acto seguido, me arrojo al vacío.

Caigo en picado, con la cabeza por delante, hacia mi destino. Aunque la probabilidad de que alguien me alcance en pleno vuelo es prácticamente nula, prefiero no entretenerme demasiado en el aire. La caza está abierta, y el tiro al pichón es uno de los pasatiempos más populares por aquí.

SCRUUCCHHH... CHII... FFFFT

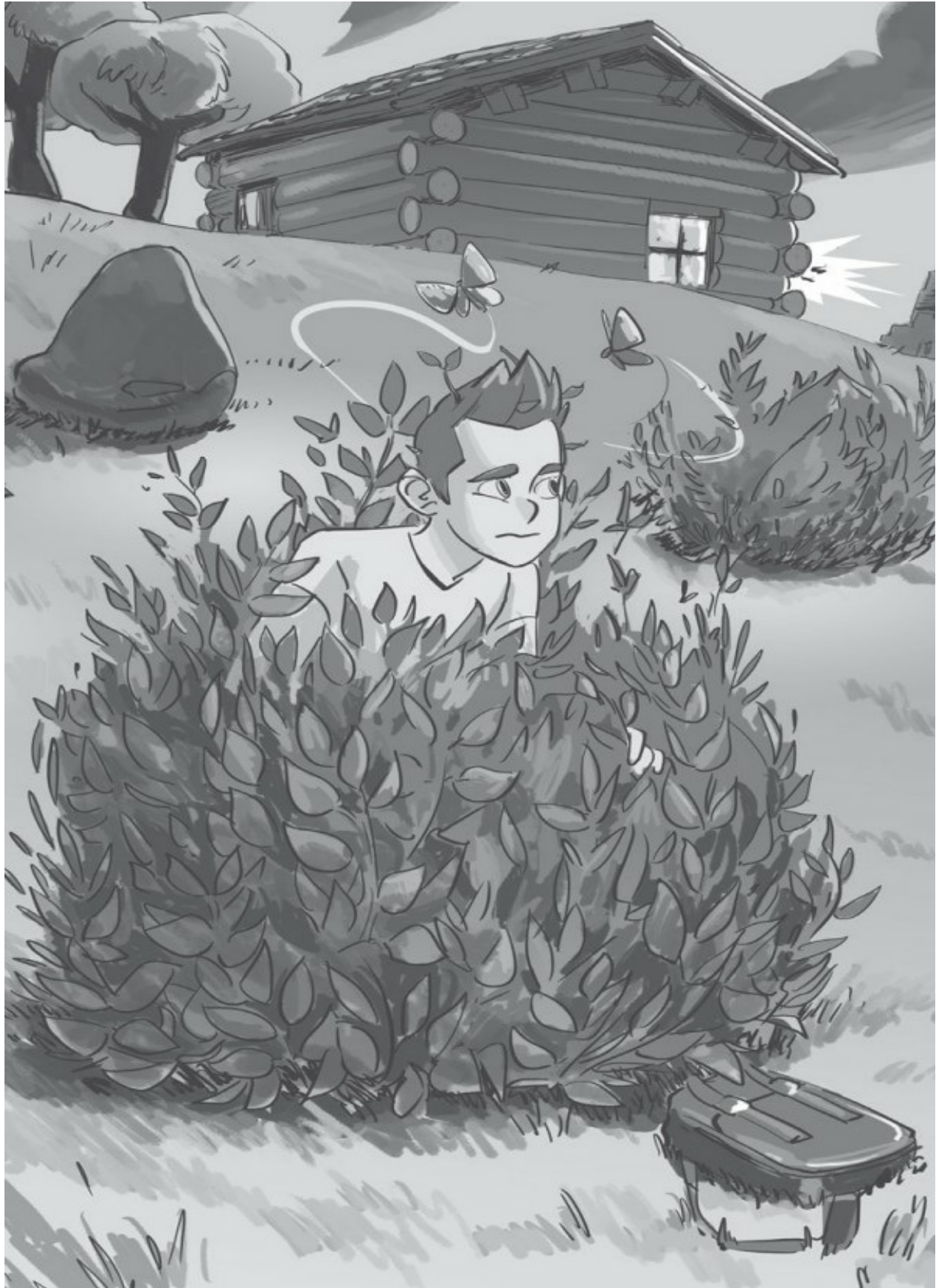
El día está a punto de tocar a su fin. Miro, a lo lejos, cómo el sol desciende rápidamente hacia el horizonte, más allá de la isla. La luz dibuja unos reflejos dorados en el contorno del paisaje. Fascinado por el espectáculo, olvido por un momento quién soy y por qué estoy aquí. Es alucinante. Ojalá pudiera compartir estos instantes con alguien. No necesariamente cogiendo la mano de esa persona especial o mirándola a los ojos, no, nada de eso. Me bastaría saber que ella está conmigo, contemplando lo mismo que yo. ¡Qué idiota soy! ¡Solo me faltaba montarme una historia de Instagram! La punzada en el corazón que me provoca este pensamiento es violenta, seca y dura. No es un momento de «comparte tu vida», sino más bien de «escápate si puedes».

Para cuando vuelvo a la realidad, mis pies se posan en la hierba. Detrás de mí, un acantilado con el mar a sus pies. Enfrente de mí, dos grandes árboles, tras los cuales se oculta una casita de madera. ¡Perfecto! ¡Ya tengo un buen punto de partida! Sin perder tiempo, me dirijo a la cabaña.

Mientras tanto, he tenido tiempo para reflexionar. Es evidente que no tengo que buscar nada en la superficie de la isla, sino bajo tierra. Aparte del autobús volador, no he podido observar ningún tipo de tráfico aéreo, y desde mi llegada no he visto ni una sola embarcación. Como todo lo que se destruye vuelve a aparecer con la rapidez de un rayo, tiene que haber, no muy lejos de aquí, un lugar de almacenamiento de gran capacidad. Y ¿qué lugar mejor que bajo tierra para guardar toneladas de material de extranjis? ¡Ninguno! Estoy seguro que hay enormes hangares bajo tierra unidos al resto del mundo por túneles. Basta con que me introduzca en uno de ellos y que espere la llegada de un camión, un tren o cualquier otro vehículo que vaya y venga, para poder escaparme. Tan simple como eso.

La primera etapa tiene que ser fácil: encontrar la forma de llegar ahí abajo. Aunque no descubra ningún montacargas o mecanismo que usen para enviar material a la superficie, seguro que hay conductos de ventilación o salidas de emergencia que conduzcan a ese lugar gigantesco. ¡Ja! Puede que no sea precisamente un genio, pero tampoco tengo la cabeza de adorno.

Al igual que en la Isla Pequeña, mi intención es registrar no solo todos los edificios, sino también la vegetación y cualquier cosa que pueda camuflar una trampilla, una compuerta o una puerta.



Más motivado que nunca, acelero el paso para llegar a la cabaña. Apenas he dejado atrás el primer árbol cuando un ruido procedente del interior de esa construcción me hace frenar en seco. Una especie de explosión sorda. La última vez que oí algo así, la cosa no acabó nada bien para mí. Tengo que actuar con rapidez. Estoy convencido de que va a salir alguien de ahí con muchas ganas de ofrecerme un billete de vuelta a la Isla Pequeña. A pocos metros, veo un arbusto y me lanzo hacia él, como si allí fuera a encontrar a un amigo de la infancia después de diez años sin verlo. Me meto dentro y me agacho, petrificado, sin atreverme a moverme. Me llega un sonido de pasos pesados y rápidos que suben o bajan una escalera, pero de pronto se detienen. Deben de haberme oído.

Noto una intensa picazón en el cuerpo. Eso van a ser los nervios... o unos bichos. ¿Arañas, cucarachas, hormigas? O tal vez sea una serpiente, allí mismo, justo debajo de mí. ¡Glups! Tengo fobia a los insectos, siempre pienso que se me van a meter en los oídos, la boca o la nariz sin que yo me entere. Esa idea me tiene realmente aterrorizado. Qué agobio. No deseo más que una cosa: salir por piernas y rascarme todo el cuerpo a lo bestia. ¡No perdamos la calma! No es más que una pequeña crisis de ansiedad sin importancia.

Los pasos se reanudan, pero solo oigo unos pocos, a intervalos. Alguien acaba de salir y debe de estar buscándome. Es solo un momento tenso que pronto pasará, todo se va a arreglar. De repente, todo se acelera. El «habitante» en cuestión empieza a alternar pequeñas carreras con saltos, girando noventa grados cada vez para abarcar la mayor parte posible del terreno con la vista. Pasa a pocos metros de mí, sin verme. Luego se para, da media vuelta, viene hacia mí otra vez, da algunos saltos más y finalmente desaparece detrás de una colina. Ufff...

Me he librado por los pelos. Ya creía que iba a tener que comenzar otro ciclo, antes de haber podido visitar ni tan siquiera un miserable edificio.

Salgo al fin de los matorrales, no sin comprobar que no haya bichos. Pero todo está perfectamente limpio, justo como me gustaría encontrar siempre el campo. Dos pequeñas mariposas se ponen a revolotear a mi alrededor. Lo tomo como un buen presagio. La madre naturaleza está de buenas conmigo, aunque sea por una vez.

Me meto en la cabaña. El interior es de lo más espartano. Un suelo, unas paredes, un techo... ¡Ajá! Una escalera que lleva al piso de arriba, y otra a un sótano. ¡Genial! De la prisa que tengo por escapar de este infierno, bajo los peldaños de dos en dos.

«¡JRRRRRR... MIENTO... DE... JRRRR EN JZZZ MINUTOS!»

¡Maldita sea, un aviso! Por culpa del ruido ambiental, no he entendido nada. En la mochila todos llevamos un pequeño altavoz integrado que, de vez en cuando, difunde información. Pero ahora no sé qué nos habrán dicho. ¡Qué más da! Ya me enteraré más tarde.

Abajo, me espera una decepción. No hay ni el menor rastro de una posible salida. Es un simple sótano, con una caja de fusibles, un calentador estropeado, un viejo saco de dormir, papeles diversos y una maleta. Sin embargo, hay algo que me llama la atención. En un rincón veo un gran cofre de madera. Me acerco y compruebo que está vacío. Supongo que la explosión sorda de marras se habrá producido al abrirlo. ¿Querrá decir eso que todo el mundo tiene los medios para forzar cerraduras?

Revuelvo frenéticamente el interior de mi mochila en busca de una llave maestra, herramientas o qué sé yo. Lo único que encuentro es un mapa. Y ¿cómo no se me había ocurrido antes examinar la mochila? El mapa es una representación bastante exacta de la Isla Grande. Busco inmediatamente una marca específica que pueda indicar una salida. Pero no, eso sería

demasiado bonito. Bueno, voy a terminar la visita de la cabaña, y luego ya veremos. Subo la escalera y termino por llegar a un altillo. Una abertura conduce a una minúscula terraza que han instalado allí. Desde un sofá se puede admirar el paisaje. No sé quién será el idiota que ha hecho construir esta choza, pero la vista da a la llanura, mientras que el mar se encuentra a una docena de metros por la parte de atrás. Yo no sé en qué piensa la gente, de verdad. Pero eso me permite averiguar que más abajo, a la izquierda, hay una bonita ciudad que por el momento prefiero evitar.

Me siento para estudiar el mapa. Lo giro a un lado y a otro por si en él se pudiera leer a contraluz algún mensaje en clave. Nada. Bueno, había que intentarlo. Pero al menos me va a permitir registrar todos los lugares que ya he visitado y todos los que me quedan por explorar. ¡Voy a ahorrarme un montón de tiempo!

¡La libertad me está esperando! De un salto, vuelvo a salir de la cabaña y parto en la dirección que me parece más segura. Un sendero serpentea en pendiente suave. Es un terreno demasiado despejado para mi gusto, pero no tengo otra opción. Me llama la atención una farola, que ilumina un pequeño refugio. Esta construcción no parece gran cosa, pero a veces las pequeñas cosas esconden grandes sorpresas. Bajo por la pendiente, sin dejar de mirar frenéticamente a mi alrededor, y llego sin contratiempos a una portezuela de hierro, sobre la que han clavado un símbolo en forma de relámpago. Supongo que se tratará de una instalación eléctrica. Al tiempo que mis dedos se acercan lentamente al pomo, rezo con toda mi alma para no recibir ninguna descarga. El corazón me late más rápido y más fuerte. Me armo de valor y lo agarro...

«¡ÑÑÑÑÑ... JRRRRRR... NNIIIIIII... SEGUNDOS!»

¡Otra vez! El chirrido inmundado de la puerta metálica ha tapado por completo otro aviso. Decididamente, cuando las cosas se empeñan en salir mal... Al menos, no me he electrocutado, podría haber sido peor. Entro y cierro la puerta detrás de mí. A la porra el ruido.

Qué horror, tengo la sensación de que la isla entera ha oído eso. Mejor que no me entretenga demasiado. La inspección del lugar resulta ser muy rápida, ya que no hay casi nada en el interior, solo una desgastada butaca y un archivador viejo vacío. Por desgracia, no hay nada parecido a la entrada de un pasadizo subterráneo. Así que vuelvo a salir, acompañado por ese chirrido infernal.

Aunque todo mi ser me grita que cierre otra vez esa puerta, no consigo obligarme a hacerlo. El ruido es insoportable. Para alejarme más rápido de allí, decido coger la carretera, otra vez en el sentido opuesto a la ciudad. Además, hay setos a lo largo del arcén. Allí escondido, podré actualizar el mapa y localizar el mejor sitio para continuar mi exploración. Cuando llego a la altura del primer arbusto, compruebo que está tan limpio de bichos como el anterior. ¡Increíble! Nada que envidiar a un lavabo japonés. Me meto dentro tranquilamente y saco el mapa. Marco los lugares ya explorados y señalo todo mi recorrido. De esta manera, aunque peine sin éxito todos los edificios de la isla, sabré exactamente qué zonas inexploradas me quedan por visitar.

Mientras intento no tener que hacer ningún tachón, oigo, esta vez con total claridad, un aviso que me deja sin aliento:

«ESTÁS DENTRO DE LA TORMENTA: ¡CORRE!»

ESTÁS DENTRO DE LA TORMENTA: ¡CORRE!

No me encuentro bien. No sé si es que el mensaje me ha estresado o que algo ha cambiado en el aire, pero me cuesta respirar. Tengo que moverme. Guardo el mapa a toda prisa y salgo del arbusto. Fuera, ¡parece que se ha desencadenado el infierno en la Tierra! Nunca había visto algo así.

El mundo está bañado por una extraña luz con reflejos violetas. El cielo es como un mar enfurecido, salpicado de relámpagos y chisporroteos eléctricos. El trueno retumba ensordecedor. Para más inri, las ráfagas de viento transforman las gotas de lluvia en auténticos proyectiles que me acribillan la cara. El mejor consejo del día es el que me ha proporcionado el pequeño altavoz de mi mochila: «¡Corre!».



Sí, pero ¿hacia dónde? ¿En qué dirección? Paralizado por el miedo, como un conejo sorprendido por los faros de un coche, lanzo miradas en todas direcciones, sin saber qué hacer. Enfrente de mí, a un centenar de metros, diviso una cabaña de madera, sostenida por cuatro pilares, que me recuerda a un palomar. Tal vez allí esté la solución. En cualquier caso, es el detonante que me devuelve el dominio de mis piernas. Corro a toda pastilla. Al acercarme, veo que no hay ninguna escalera para acceder al interior, así que tendré que buscar otra solución. Mientras corro, tengo la sensación de que la vida se me escapa del cuerpo, poco a poco, como si alguien hubiera dejado el grifo mal cerrado.

A este ritmo, no voy a aguantar mucho más. Tengo que encontrar un refugio ya. Rodeo la ladera de una pequeña colina. Al otro lado, el horizonte se extiende para ofrecerme un espectáculo totalmente inesperado. Una inmensa barrera azulada y translúcida parece contener la tormenta. ¿Qué será eso? Sin detener mi carrera, contemplo el fenómeno que abarca desde el cielo hasta el suelo. No sé si esa cosa es sólida, electrizada o peligrosa, y, sobre todo, ¿si podré atravesarla! De todos modos no me queda otra, así que me voy derecho hacia ella. Cuanto más me aproximo, más detalles percibo. Está atravesada por unas vetas blancas y compuesta por una materia en movimiento que le da un aspecto vivo. Al otro lado, la atmósfera parece completamente despejada.

No me quedan más que unos metros por recorrer. Al llegar, detengo la marcha para apoyarme en mi pie dominante y así dar más potencia y alcance a mi salto. ¡Una, dos y tres! Lanzado a toda velocidad, me elevo en el aire y cierro los ojos. Giro los brazos, intentando alargar mi vuelo al máximo, y... ¡TOMA!, aterrizo al otro lado, sin un rasguño. ¡Salvado! Ha estado muy cerca. Ahora ya puedo respirar con normalidad, me siento mucho mejor. En todo el tiempo que he estado aquí, nunca había presenciado un cataclismo como este. ¿Qué ha podido desencadenar este fenómeno? Definitivamente, en este sitio las sorpresas no tienen fin.

La barrera emite un zumbido bastante intenso. Supongo que tendrá algún campo magnético, o algo por el estilo, que le permite bloquear el infierno que se desata al otro lado. No puedo evitar volver sobre mis pasos para observarla con detalle. Es tan fina como un velo. Unos cuadrados transparentes aparecen y desaparecen de su superficie, aleatoriamente, como si la imagen de un ordenador estuviera fallando. ¡Cualquiera diría que estoy atrapado en Matrix! Me dan ganas de tocarla, para ver qué ocurre. El corazón se me acelera más y más. Aunque, si he pasado a través de ella sin ninguna dificultad, no tiene por qué pasar nada malo.

Así pues, avanzo, paso a paso. En cuanto extendiendo la mano para atravesar la barrera con los dedos, piso algo blando que me produce una sensación de asco. Bajo la cabeza para mirarme el pie y descubrir qué he podido aplastar. ¡Ah! Una seta. Pero no una cualquiera: una seta azul. O sea, que he pasado de Matrix a Super Mario, a ver cómo se come eso. Decido examinar la seta. Al agacharme, oigo seis silbidos consecutivos. No me cabe ninguna duda sobre su origen: un arma automática. La verdadera pregunta es de dónde proceden esos disparos. Juraría que vienen de la tormenta.

Meto la cabeza a través de la barrera para comprobarlo. En cuanto mi boca ha pasado el límite, otra vez siento que me asfixio. Debería retroceder y huir, pero estoy como hipnotizado por mi descubrimiento. Un hombre (o una mujer, no sabría decirlo) viene directo hacia mí, imparable, dando grandes zancadas. Su pistola va escupiendo municiones al tiempo que vacía los cargadores. Su frenética forma de correr bajo la tormenta, con saltos encadenados, hace que tenga una puntería nefasta. Pero lo que me flipa de verdad de todo este asunto ¡es que su cabeza es un enorme tomate!

Jamás he tomado ningún tipo de droga, y tampoco está en mis planes, pero ahora empiezo a

tener serias dudas respecto a la composición del aire resultante de esta extraña tormenta. Cuando solo le faltan unos metros para llegar hasta mí, mi atacante desaparece de repente. Un pequeño dron ha aparecido encima de su cabeza y lo ha aspirado, o algo parecido, justo antes de esfumarse también. Lo único que ha quedado es una pistola y algunas municiones.

Los retortijones que siento en el vientre me recuerdan que no debo quedarme más tiempo en la zona contaminada. Retrocedo de un salto. Pero ¿a qué lugar de locos he ido a parar? Hago unas largas respiraciones para intentar liberarme de la presión que me retuerce los intestinos. ¿Se puede saber qué ha sido eso? Miro a mi alrededor. Dejando de lado el zumbido de la barrera, todo está en calma, como si no hubiera pasado nada. Nunca me había sentido tan desconcertado. Me cuesta un montón distinguir lo que es real de lo que no lo es. ¿Y si no son más que alucinaciones desencadenadas por los gases de la tormenta? ¿Cómo saberlo? Pero de nada sirve quedarse ahí parado sin hacer nada, tengo que tener en mente mi objetivo y proseguir con mi exploración.

A lo lejos, a mi derecha, hay un conjunto de edificios detrás de un bosquecillo de abetos. Creo divisar también unos hangares. Más cerca, a la izquierda, veo dos casas enfrentadas. Seguramente no sea el mejor sitio para encontrar un pasadizo que lleve bajo tierra, pero aquí nada es como uno espera, así que quizá valga la pena que le eche una ojeada. Si eso no da resultado, siempre habrá tiempo de ir a inspeccionar los hangares. Aliviado por haber escapado de la tormenta, aunque todavía un poco aturdido, avanzo sin prisa hacia mi siguiente destino. ¡Ay, la seta! Con la emoción, casi me olvido de mi pequeño descubrimiento. Ya estoy a punto de dar media vuelta cuando mi pequeño altavoz chisporrotea para dar un aviso poco halagüeño:

«EL OJO DE LA TORMENTA SE ESTÁ ESTRECHANDO...»

Me paro en seco. Antes de poder volver atrás, me veo de nuevo envuelto por el infierno de la lluvia, las ráfagas, las gotas de agua como cuchillos y la luz violeta. La barrera de protección se aleja a toda velocidad, y me lanzo detrás de ella. Estoy corriendo a tope, pero no basta. Es más rápida que yo. No me queda más que una posibilidad: las casas. Me dirijo a la que me pilla más cerca.

No me quedan más que unos metros para poder refugiarme en ella. Rezo por que la puerta no esté cerrada con llave, o que al menos alguien quiera abrimme desde dentro. Sin detenerme, salto una pequeña valla (no hay tiempo para andarse con contemplaciones), agarro el pomo, lo giro y... ¡MILAGRO!

La puerta se abre rechinando. La cierro a toda prisa y constato con horror que la casa me protege cero de la furia de los elementos. ¡Glups! Estoy igual que antes. ¿Será porque hay ventanas abiertas? Exploro la planta baja. Después de atravesar una entrada minúscula, me encuentro en una cocina que conduce directamente al pie de una escalera doble. Todo parece bien cerrado. Subo los escalones de dos en dos hacia los dormitorios. Cuando llego arriba, me falta el aire. Aquí también está todo cerrado. Entro en una habitación y descubro que es la única de este piso. No hay ningún sitio donde refugiarse del veneno que está acabando poco a poco con mi salud. Sin dudarlo, vuelvo a bajar a toda prisa. En el sótano tal vez esté todo mejor aislado. Con un poco de suerte, iré a parar a un cuarto de baño. En el cole, una vez vino un bombero profesional para enseñarnos cómo atrincherarse en un cuarto de baño en caso de incendio. Me acuerdo perfectamente de todo. Humedecer un trapo, encajarlo bajo la puerta y refugiarse en la ducha, o mejor en la bañera en caso de haberla. Pero allí me espera una gran decepción.

A pesar de la ausencia total de entradas de aire, la tormenta se ha propagado hasta el último

rincón de la casa. ¡Está lloviendo dentro! Pero ¿cómo es posible? Intuyo que no me queda mucho tiempo antes de desvanecerme. ¡¿Cómo puede ser que esta choza no tenga cuarto de baño?! Lo que debía de ser una bodega se ha reconvertido en un estudio. En una esquina, veo un sofá tirando a roñoso. Me da igual si tiene ácaros o pulgas, no tengo ni ganas ni fuerzas para volver a subir y buscar otra solución, yo me siento aquí. Tras dejarme caer en unos cojines de mala calidad, pruebo con unos ejercicios de respiración profunda para intentar calmarme un poco, pero no sirve de nada.

Cada bocanada de aire me debilita un poco más. A mi lado, hay un bastidor con servidores y otros aparatos informáticos. Un poco más allá, un gran escritorio muy despejado. Y luego, en un rincón, veo dos cajas de transporte y, lo más importante, ¡una enorme cámara instalada sobre un soporte gigante con ruedas! Empleo lo que me queda de energía para levantarme y tocar el dispositivo. Quiero asegurarme de que no sea una alucinación. Es increíble, tiene todo tipo de botones de control y palanquitas. ¡Una auténtica cámara de cine!

Es la primera vez que veo una, ¡qué pasada! Y es entonces cuando caigo en otro detalle: ¡la mitad de la habitación está pintada de verde chillón! Me acerco a una de las paredes para fijarme mejor. Rascando un poco, arranco un trocito de la superficie. ¡Seguro que es una de esas pinturas que usan los técnicos para crear efectos visuales! El corazón se me sale del pecho, estoy dentro de una sala que sirve para hacer rodajes profesionales. ¡Por fin! Ya he encontrado la primera prueba tangible de que en esta isla hay un equipo de cine.

Estoy para el arrastre, pero al menos sé que no he venido hasta aquí en vano. Saco el mapa para marcar cuidadosamente este lugar. No sé qué me deparará esta tormenta, qué consecuencias tendrá para el resto de mi odisea en esta isla, pero, en cuanto pueda, tendré que regresar aquí para proseguir con mi investigación. Participar en este rodaje es mi sueño, ¡y seguro que lo conseguiré! Poco importan las pruebas que tenga que superar ni el tiempo que tarde, porque al final lo lograré. Nunca habría imaginado que iba a ser tan duro. Pero tengo que mantener la fe, tengo que ser optimista, positivo: ¡yo tenía razón desde el principio! Lo sabía, siempre lo he sabido, mi destino es ser actor, una gran estrella.

TERCERA PUERTA A LA DERECHA

Unos meses antes...

—Paul, abre un poco los ojos, hijo... El cine no es para ti. Además, ser actor ni siquiera es un trabajo de verdad. En lugar de quedarte sin hacer nada, papando moscas, ¡deberías concentrarte en acabar el bachillerato!

—Y ¿qué me dices de esto?

Con una mano temblorosa por el miedo y la ira, agito, bajo las narices de mi padre, una página de periódico que lleva impreso un anuncio rodeado por un círculo amarillo. Él la coge, se sube las gafas para colocárselas bien y se pone a leer, mascullando la mitad de las palabras.

—Hum... URGENTE: se necesitan figurantes para un rodaje..., bla-bla-bla. ¿En serio? ¿De verdad crees que con esto vas a ser alguien? ¿Cuál es tu objetivo en la vida? ¿Acabar bajo un puente?

Recupero el trozo de papel arrugado y doy media vuelta para volver a mi cuarto gruñendo.

—¡Vale, pero luego no vengas a llorarme ni a pedirme nada cuando sea una gran estrella!

—¡Hazme caso y ya verás cómo al final me acabas agradeciendo que te haya hecho ahorrar tiempo!

Dos meses antes...

Esto es muy fuerte. Me tiemblan hasta las manos. El sobre que sostengo debe de pesar una tonelada o más. Nunca había recibido una carta. Correos electrónicos, wasaps, mensajes de todo tipo, pero cartas, ninguna. Nada escrito en papel de verdad. Bueno, lo cierto es que estoy exagerando un poco: sí que recibo publicidad, avisos administrativos y tal. Pero nunca pierdo el tiempo abriendo esas cosas. Todo eso termina sin excepción en las expertas manos de mi madre. Pero esta vez es distinto. Leo mi propia letra en el sobre en el que había enviado mi solicitud, y es un poco raro, porque es como si me hubiese mandado la carta a mí mismo. Inspiro profundamente y la abro:

«Estimado señor: tenemos el placer de anunciarle que su candidatura ha sido seleccionada para el rodaje de la película de la directora Jane Doe. Agradeciéndole su interés en...»

¡¡¡TOMAAAA!!! Con un grito de victoria, salto a mi cama y doy unos cuantos botes

encima, como si intentase apagar un incendio. Doy un beso a la carta, y otro, y otro. No hay que perder nunca la confianza, no hay que dejar de creer en los sueños.

Un mes antes...

Estoy frente a un edificio de proporciones descomunales. ¿Cuántas personas hacen falta para llenar las oficinas de esa torre? Tropecientos mil, seguro. Tengo la preciosa carta en mis manos. Mi mirada pasa una y otra vez del trozo de papel al número del edificio.

Este es el sitio, ya he llegado, y estoy muerto de miedo. ¿Y si al final cambian de opinión? ¿Y si no paso la audición? Siento una punzada salvaje en el vientre, duele que no veas.

Finalmente, empujo la puerta y recorro los metros que me separan de la mujer que hay en recepción. Mis piernas parecen de gelatina.

—Hola...

De pronto, me cuesta horrores tragar saliva.

—Me llamo Paul...

—Está indicado en los carteles, ¿es que no sabes leer?

—Eh, ¿cómo dice?

—¡Al fondo del pasillo, tercera puerta a la derecha! ¡No hay más que seguir las flechas! No es tan difícil, ¿no crees?

Acto seguido, se pone a hablar como si yo ya no estuviera delante.

—Parece mentira. ¿Tengo que pasarme todo el santo día haciendo esto? ¡No me lo puedo creer!

—No, es que vengo por el rodaje...

—...

—Soy actor...

—...

—Bueno, figurante...

—¿Ah, sí? ¿Actor? ¡Haberlo dicho antes! En ese caso, es al fondo del pasillo, tercera puerta a la derecha.

—Gracias...

Dejo la recepción para dirigirme al pasillo, y luego vuelvo sobre mis pasos.

—Lo siento, pero ¿me puede indicar dónde está el baño, por favor?

—El mismo pasillo, pero al final de todo, la última puerta que se encuentra.

Entonces levanta la cabeza y clava sus ojos en los míos.

—Luego deja el sitio tan limpio como lo has encontrado, ¿vale?

—Eh...

La presión en la vejiga se me hace realmente insoportable. Empiezo a menearme sin parar.

—¡Venga, andando!

No me lo tiene que decir dos veces. Entre una risilla y otra, me dedica un último comentario.

—¡Y nada de cigarrillos! ¡NI DE DROGAS!

Totalmente perplejo, acelero un poco más para desaparecer de su vista y sobre todo para no tener que soportar más sus comentarios. Pocos minutos después, por fin aliviado, vuelvo al ataque. Aunque no quiero llegar tarde, decido quedarme un poco más en el baño para no tener que enfrentarme otra vez a esa arpía. Enseguida cambio de idea. Cuanto más tiempo pase, más sospechosa será mi presencia en el baño. Aunque no las tengo todas conmigo, me obligo a sonreír y abro la puerta con aplomo. La recepcionista ya no está en su puesto. Menos mal.

Supongo que habrá salido a por un cafelito. El décimo de la mañana, fijo. No me extraña que salte a las primeras de cambio. Bueno, tengo vía libre, los revientasueños y los aguafiestas ya han quedado atrás. Ya estoy listo para entrar en la gran familia del cine. Ahora que me he venido un poco arriba, cuento las puertas que me separan de mi sueño.

¿Cuál me había dicho? ¿La primera? No, no, no: la tercera puerta. Me ha dicho la tercera. Una... dos... y ahí está la tercera. Hago una respiración profunda. ¡De este momento me voy a acordar toda la vida! Doy dos toquecitos a la puerta. Nada. Me aclaro la garganta, como si eso pudiese dar más seguridad a mi gesto. Miro a mi alrededor y no veo a nadie cerca. Reúno valor y esta vez doy tres golpes a la puerta. Sin éxito. Qué fastidio... Pero estoy seguro de que me ha indicado la tercera puerta a la derecha. Que no cunda el pánico, seguro que esto tiene una explicación lógica. Respira, cálmate y piensa. La recepcionista no puede tener ningún motivo para mentirte.

No me apetece nada dar media vuelta para preguntárselo otra vez. Por hoy ya he alcanzado mi cota máxima de humillación. Cierro los ojos. Me concentro e intento rehacer mentalmente todo el camino que he hecho desde mi llegada. Hum... Bla-bla-bla, vale, y luego, bla-bla-bla... ¡Ya lo tengo! ¡Qué cosa más tonta! Como venía del final del pasillo, ya no tengo que llamar a la puerta de la derecha, ¡sino a la de la izquierda! Como venía de la dirección contraria, debo invertir los lados, ¡claro! ¡PREMIO! Me doy la vuelta para ponerme frente a la puerta correcta. En el suelo, veo una hoja de papel con pequeños trozos de cinta adhesiva en las esquinas. Debe de haberse despegado de la puerta. Me agacho para recogerla. En ella, se lee: «Entre sin llamar». Oigo un ruido en el vestíbulo de entrada. Eso es que la bruja piruja se ha terminado su brebaje. Sin tiempo que perder, abro la puerta y desaparezco dentro de la sala.

Me atiende una mujer joven.

—Buenos días, y bienvenido a producciones Solo Puede Quedar Uno.

—Buenos...

No he tenido tiempo de terminar mi frase cuando ella sigue adelante sin pararse a respirar.

—Si hace el favor, siéntese aquí y rellene los distintos contratos que le hemos preparado. Ponga sus iniciales en todas las páginas y firme la última. Si tiene alguna pregunta, no dude en hacerla.

—Gra...

—Siéntese. Aquí tiene un bolígrafo y un poco de agua. Cuando haya terminado, podrá pasar a las salas siguientes. Nuestro personal médico estará encantado de comprobar que nada le impide embarcarse con nosotros en esta fantástica aventura.

—...

—Si tiene alguna pregunta, no dude en hacerla.

Cojo un contrato y hago como que lo examino pasando las páginas, sin leerlas.

—Tiene que poner sus iniciales en todas las páginas y firmar la última.

—Ya, ya...

—Sobre todo, asegúrese de cumplimentar, poner las siglas y firmarlo todo. De lo contrario, por desgracia no podrá unirse a nosotros para vivir la increíble aventura que le espera. Que nos espera.

Algo desconcertado, asiento con un leve movimiento de cabeza. Veinte minutos más tarde, ya he terminado los deberes que me han puesto. En cuanto el bolígrafo toca la mesa, la joven me hace una señal para que me levante y la acompañe.

—No se olvide de escribir su nombre, apellido y dirección en estos sobres ya franqueados. Eso es. Ahora, haga el favor de seguirme. En la sala siguiente, justo allí, detrás de esa puerta, ¿lo

ve?, hay un cuartito. Allí podrá depositar sus efectos personales. Al otro lado, un médico le atenderá en cuanto pueda.

Hace una pausa y me da un repaso de pies a cabeza.

—Para ganar un poco de tiempo, desnúdese y quédese solo en calzoncillos.

Ya estoy llevándome la mano al botón de los vaqueros cuando me interrumpe:

—Una vez dentro, joven, una vez dentro. ¡Si tiene alguna pregunta, no dude en hacerla!

Asiento con un nervioso movimiento de cabeza.

—Muy bien, ahora lo dejo solo para que se ponga cómodo, no tendrá que esperar mucho tiempo.

Estoy en paños menores, sentado en una especie de banquillo. Mi ropa, colgada en el perchero que hay detrás de mí, ocupa prácticamente todo el espacio. Esta situación es de lo más incómoda. Me siento como si estuviera esperando en el cambiador de la piscina, sin saber siquiera si me dejarán darme un chapuzón. Un hombrecillo barbudo, con la cara medio escondida detrás de unas gafas enormes, por fin abre la puerta y me invita a pasar a una estancia muy amplia. En el interior, descubro todo tipo de aparatos increíbles, con tubos y válvulas, y también una bicicleta estática, una cinta de correr... La única decoración de las paredes es una multitud de armarios repletos de todo tipo de frascos y productos multicolores. Sin prestar la menor atención a mi persona, se dirige a una gran silla acolchada, detrás del escritorio. Una vez sentado, me hace un gesto con la cabeza para que tome asiento delante de él. Se sube las gafas y empieza a leer un dossier. Al cabo de unos minutos de lectura, levanta la cabeza lo justo para mirarme por encima de las gafas. Al fin, rompe el silencio.



—¿Algún antecedente familiar conocido?

—Ninguno. ¡Pero espero que eso cambie muy pronto! Por eso he venido aquí precisamente.

El médico emite un pequeño resoplido de cansancio, mientras tamborilea con los dedos de la mano derecha en su escritorio. Parece que esté reuniendo las palabras en su cabeza, sin saber aún en qué orden las va a pronunciar. Hace una profunda respiración y prosigue.

—¿Alergias?

Dudo por un momento. Yo contestaría «las clases», pero me da que no es momento para bromas.

—Ninguna.

—¿Algún inconveniente con las inyecciones o las extracciones de sangre?

—No...

El doctor me acerca entonces una bandejita. Dentro hay una pastilla roja y un vasito de plástico lleno de un líquido desconocido.

—Perfecto. En primer lugar usted se tomará esta pastilla. Es un medicamento necesario para su aventura. ¡Vamos a ver cómo reacciona su cuerpo a nuestra molécula de la casa!

Al cabo de una hora de reconocimiento médico completo, que incluye diversas pruebas de esfuerzo, un electrocardiograma y controles rutinarios de tensión, vista y audición, el médico me invita por fin a vestirme. Al mismo tiempo, me señala otra sala en la que me espera una de sus colegas para hacerme una nueva entrevista. Antes de irme, me doy la vuelta y le pregunto:

—¿Es así en todos los rodajes?

—¿Cómo dice?

—Quiero decir que si esto lo hacen siempre con todos los actores.

—No sé de qué me habla, joven. Mire usted, yo hago lo que me ordenan y punto.

Estoy a punto de contestarle cuando el médico abre la puerta de otro cuartito para recibir a otro paciente. Así que me dirijo a la siguiente sala y me planto delante de una mujer de mediana edad que también lleva unas gafas enormes. En su caso, parecen mantenerse sobre la punta de su nariz de milagro. No consigo despegar la vista de este fenómeno. Atada a cada una de las patillas, una cadena de plata proporciona a las gafas cierta seguridad. Aun así, tengo unas ganas irresistibles de estirar la mano y subírselas para que no se le caigan. La mujer me lanza entonces una batería de preguntas, entre ellas:

—¿Se siente a gusto con su cuerpo?

—¿Fuma?

—¿Tiene algún tipo de alergia o fobia, o una enfermedad hereditaria?

—¿Ha consumido alguna droga?

—¿Ha deseado alguna vez matar a alguno de sus padres? ¿O a una persona cercana? ¿O a un desconocido?

Mientras voy respondiendo, miro cómo la punta de su bolígrafo recorre su cuestionario. Por eso me doy cuenta de que, aunque hayamos llegado al final, ella sigue el interrogatorio:

—¿Cuál es la capital de Asiria?

—¿Cómo? ¿La capital de...?

Sin inmutarse, me clava la mirada y luego prorrumpe en una risotada atronadora digna del mismísimo Joker.

—¡No se apure, joven, es un chiste de una película casi tan vieja como yo! Ah, usted y yo somos de generaciones distintas. Tranquilo, no tiene ninguna importancia. ¡Ya hemos terminado! Ahora ya puede volver a casa a descansar. ¡Recupere fuerzas, que las va a necesitar! Y puede estar tranquilo, en pocos días se pondrán en contacto con usted.

Me levanto para salir. Cuando me dispongo a abrir la puerta, se dirige a mí una última vez.

—¿Sabe? Hace falta mucho valor para lo que usted va a hacer, he visto pasar por aquí a muchos que se echan atrás en el último minuto.

Después de una pausa, me regala una sonrisa cálida y cordial.

—No creo que volvamos a vernos nunca. ¡Así que buena suerte, joven!

UN FONDO VERDE ESPERANZA

Abro los ojos lentamente. ¡No me lo puedo creer, vuelvo a estar en la Isla Pequeña después de esa espantosa tormenta! Tal vez este milagro se deba a los medicamentos que tomé durante la fase de pruebas. En este asunto hay muchas cosas extrañas que no consigo entender. ¿Acaso sabía esa gente que iba a ir a parar a este infierno? Y el rodaje de la superproducción, ¿qué tiene que ver con todo esto? ¿Y el fichaje de figurantes? No, no le veo ningún sentido. Todo esto me supera, y además tampoco es que tenga muchas opciones. Estoy prisionero en este sitio y tengo que encontrar un modo de escapar.

Es de locos. A pesar de todo lo que ha podido pasar entretanto, vuelve a reinar a mi alrededor el mismo frenesí de bailes, disparos y construcciones en la Isla Pequeña. Al final acabaré cogiéndole gusto a esta agitación constante. Cada vez me siento más como en casa. Pero eso no significa que haya olvidado mi nuevo objetivo: volver a la casa donde se encuentra la enorme cámara. Seguro que allí va algún equipo a trabajar en un momento u otro del día. Solo tengo que esperar dentro hasta que me acabe encontrando con alguien. En cuanto a la extraña tormenta, ya decidiré lo que hago cuando llegue el momento. Ahora conozco su existencia, y el altavoz de la mochila me avisará de su llegada. ¡No volverá a pillarme por sorpresa! Si estoy mínimamente prevenido, ¿tendré tiempo de escapar de su poder maligno si echo a correr en la dirección correcta? Ya se verá.

Clavado en el asiento del autobús, analizo el mapa. Según mis notas, no nos dirigimos para nada hacia el punto donde está el sótano de antes. Voy a tardar bastante tiempo en llegar allí. Qué más da, no me queda otra.

Ya llevo unos minutos planeando. Para entretenerme, intento descubrir formas en la geografía de la Isla Grande. Es una cosa que suelo hacer con las nubes. Por poca atención que les prestes, en el cielo te encuentras con un auténtico zoológico. Mi lista de avistamientos, muy completita, se compone de elefantes, triceratops, hormigas y mantis religiosas. Antes de esta aventura, había estado siempre con los dos pies en el suelo, nunca en el aire colgado de un planeador artesanal como un chorizo. Llego a las inmediaciones del gran lago central. No tiene nada de especial. A oscuras, y desde muy lejos, podría decirse que se parece un poco a una simple mariposa. Un poco más al norte, una cantera a cielo abierto dibuja, más o menos, la silueta de un paraguas. Sonríe.

Mientras bordeó la mayor ciudad de la isla, la de los edificios imponentes y los incesantes

tiroteos, mis ensoñaciones se interrumpen. ¡Unas detonaciones! Su intensidad y proximidad no dejan lugar a dudas sobre el sitio donde me encuentro. He calculado mi trayectoria para mantener una distancia prudencial con ese paraíso del caos. Al mismo tiempo, no estoy muy lejos de mi destino final. Si todo ocurre sin contratiempos, debería posarme como una flor a unos metros de la valla que rodea la casa. En teoría, podría aterrizar justo delante de la puerta. Sin embargo, aunque las buenas maneras parecen haberse erradicado en esta parte del universo, prefiero conservar ciertas normas de conducta. Por si aca...

El aterrizaje en la hierba es muy suave. Contengo la respiración unos segundos para intentar detectar alguna señal de vida. Aparte del palpar de la naturaleza, el lugar parece desocupado. Vacío el aire de los pulmones, lanzando una rápida ojeada hacia las ventanas. No hay nada ni nadie. Salto la verja y me dirijo a la puerta. Después de dar dos golpecitos, y luego tres buenos golpes, en los batientes de madera, decido entrar. Nada se ha movido desde la última vez. Inspecciono detenidamente el interior. Todo está deteriorado, sin mantenimiento. Eso no presagia nada bueno. De nada sirve pasar más tiempo en la planta baja, así que me encamino al sótano. Aquí tampoco hay ningún cambio, me encuentro con el fondo verde y el equipamiento en el mismo estado en que los dejé. Está claro, aquí ya no viene nadie. Me había montado una película. En otra situación, sería de chiste.

Decepcionado, me dejo caer en el sofá, que se hunde bajo mi peso con un crujido que me deja paralizado. Si ese ruido venía de mi columna vertebral, estoy listo. Me miro los zapatos e intento mover los dedos de los pies. ¡Uf! Todo funciona perfectamente. Me cuesta un montón levantarme de este mueble que ahora parece más un futón que un diván. Es como si unos brazos invisibles me retuvieran. Con un último esfuerzo, consigo ponerme de pie. Me doy la vuelta, dispuesto a vengarme de esa trampa de la que acabo de salir. Y es entonces cuando oigo...

«¡JRRRRRR... FORMACIÓN DE LA TORMENTA EN 59 SEGUNDOS... JRRRRRR!»

Oh, no. Ya tenemos aquí uno de esos avisos que me perdí la última vez. Una advertencia meteorológica. No es lo que yo llamo precisamente una buena noticia, pero siempre es mejor estar prevenido. Más me vale salir pitando y encontrar el modo de escapar de la tormenta que se avecina una vez más. No me apetece nada repetir la experiencia de la última jornada.

El hundimiento del mueble ha dejado a la vista algo que tiene la pinta de ser un croquis. Con esto, tal vez podría...

«¡JRRRRRR... ESTRECHAMIENTO EN 3 MINUTOS Y 19 SEGUNDOS... JRRRRRR!»

El tiempo no se detiene, tengo que darme prisa. Aparto una sección del sofá para poder sacar mi hallazgo. ¡Premio! Es un dibujo que representa una ruta, marcada en un extremo por una silla enorme y en el otro por una casita, sobre cuyo tejado se mantiene un coche en equilibrio. Del conjunto, destaca un árbol gigante que corona una colina. El artista no ha firmado su obra, pero al menos se ha tomado la molestia de añadir una pequeña rosa de los vientos en una esquina. Por si quedara alguna duda, ese símbolo indica claramente que se trata de un mapa. ¡Toma! La presencia de una enorme X roja, dibujada un poco por encima de la casa del coche,

confirma otra cosa: ¡lo que tengo en mis manos no es solo un mapa, sino un mapa del tesoro!

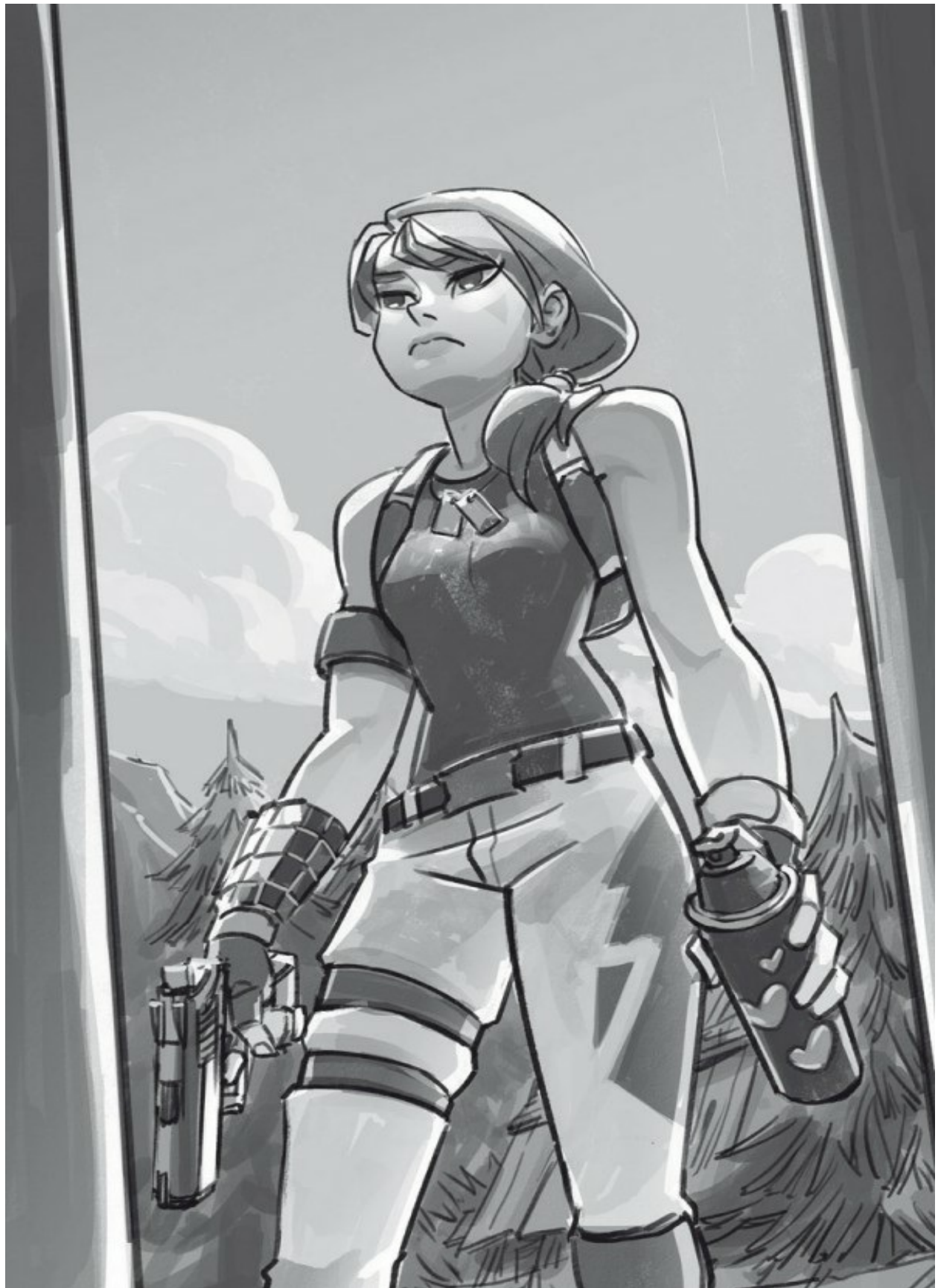
«¡JRRRRRR... EL OJO DE LA TORMENTA SE ESTÁ ESTRECHANDO... JRRRRRR!»

Estos avisos son de lo más estresantes. No tengo ni la menor idea de cuál es el enigma que señala este croquis, pero ¡pienso descubrirlo! ¿Lo habrá puesto allí el equipo de rodaje? ¿O alguien como yo habrá dejado tras de sí diversas pistas que conducen a una salida? Da lo mismo, mi intuición no me engaña. Saldré de esta, no importa cuánto tiempo me lleve.

Basta con que encuentre en la isla al menos uno de los tres elementos dibujados, y el resto vendrá encadenado. El árbol gigante sobre la colina: mejor paso. De esto la isla va más que sobrada. La silla: eso va a depender de su tamaño. Parece especialmente grande en este esbozo, pero me da que el respeto por las proporciones no era la prioridad del que lo ha dibujado. En cambio, ¡un coche encima de un tejado no puede pasar desapercibido!

«ESTÁS DENTRO DE LA TORMENTA: ¡CORRE!»

¡Noooo! ¡Otra vez me he dejado atrapar! Subo los escalones a toda prisa para salir de la casa. Las gotas me acribillan la cara y noto que mi energía vital disminuye. Corro como una flecha, de una habitación a otra, para finalmente agarrar el pomo de la puerta. Y es entonces cuando me doy de narices con los dos tubos soldados de una escopeta. Todo mi ser se para en seco. Mi corazón, mi respiración, mis esperanzas. Una detonación ensordecedora resuena. Su potencia es tal que tengo que cerrar los ojos.



Cuando me decido a reabrirlos, el arma, que antes tenía en los morros, yace ahora a mis pies. Su propietario ha desaparecido y en su lugar hay una chica que me mira fijamente a los ojos. Ninguno de los dos hace el menor movimiento, a pesar del diluvio. Entre la furia de los relámpagos y las descargas eléctricas, ella coge de pronto un *spray* y pinta un *tag* en el suelo. De un salto, se da la vuelta y echa a correr para escapar de la tormenta. Lo que ocurre entonces es algo completamente increíble. Bajo sus pies aparece una rampa formada por tablones de madera que asciende directamente hacia el cielo, en dirección sur. Eso quiere decir que pertenece a la casta de los constructores. La veo alejarse hacia la luz violeta del aguacero, y de pronto desaparece con un estruendo de lo más extraño. Esta detonación tiene el efecto de un electrochoque sobre mí, y recupero el contacto con la realidad. Tengo que moverme. Tal vez todavía tenga tiempo de escapar también. Sin más demora, me lanzo a correr tras ella, pero detengo inmediatamente mi carrera para observar la marca que ha dejado la chica antes de escapar. Es como una nube de corazoncitos rojos.

¡Uau! ¿Qué querrá decir eso? ¿Primero me salva la vida y luego me deja este mensaje? Lo más probable es que sea su firma. Al fin y al cabo, los *tags* no son otra cosa que nombres, marcas para señalar un territorio; nunca son mensajes personales. Me asfixio por la violencia de la tormenta. No voy a aguantar mucho tiempo si me quedo aquí parado. Me lanzo tras sus huellas. La ascensión por la rampa me impone un poco, pero ¿qué otra opción tengo? A pesar de los crujidos inquietantes que producen mis pasos sobre la madera, los tablones parecen aguantar. Voy ganando cada vez más altura.

La pendiente acaba convirtiéndose en una pequeña plataforma sobre la que se halla un extraño aparato en forma de disco. Tiene un grosor considerable, y lo sostienen cuatro patas de aspecto robusto. En los bordes, de donde surgen unos cables, parpadea una miríada de lucecitas. ¿No será este dispositivo un terminal de teletransportación? Me empiezan a temblar las piernas. ¿Es posible que esto sea una salida al mundo real? ¿Recuperaré al fin mi libertad? A pesar de la lluvia y los relámpagos, y aunque es difícil saberlo en este instante, diría que unas lágrimas brotan de mis ojos.

A la una, a las dos... Salto hacia el aparato procurando caer en su centro.

Ups, la máquina reacciona igual que una cama elástica de competición. Con un ruido atronador de presión liberándose y de muelles soltándose, me catapulto por los aires a una velocidad de vértigo. Debido al pánico (y por error), despliego mi planeador. La aceleración, combinada con la trayectoria de mi salto, me expulsa, en apenas unos segundos, del estruendo causado por las inclemencias. Ahora planeo dentro del espacio sano, dejando la tormenta detrás de mí. Me doy la vuelta para observarla. Mi posición elevada me ofrece un punto de vista privilegiado que me permite comprender tres cosas sobre su actividad. La primera es que se comporta un poco como un ciclón. Su centro es una zona protegida en la que se puede respirar con normalidad. La segunda es que se desplaza por la isla de forma intermitente. Y la tercera, la más deprimente, es que su centro se reduce como nieve al sol a medida que pasa el tiempo.

Paradójicamente, el centro de la tormenta es el punto que ofrece mayor seguridad. La nube tóxica se dispersa, no sé cómo. ¿Será gracias a un gran ventilador o algo por el estilo? ¿O se trasvasa a otra parte? ¿Y si la gran X del dibujo no revela la ubicación de un tesoro, sino la de uno de esos sistemas de evacuación? Tengo que resolver este enigma a toda costa, ¡quién sabe si ahí se esconde mi pasaporte a la libertad!

Sin dejar de reflexionar sobre todo esto, inspecciono el entorno. Debería encontrar un lugar tranquilo para aterrizar. A mi derecha, en la cima de una colina, se alza un árbol majestuoso. Más abajo, un impresionante puente de hierro atraviesa uno de los ríos que dividen la isla en dos. En

cada uno de los extremos del puente hay sendas casetas. Al sur se distingue una especie de fábrica, mientras que frente a mí, al este, diviso una casa, aislada en una cumbre. Es allí adonde decido ir a parar.

Sigo preguntándome quién será la chica que me ha salvado antes. Es clavadita a la que siempre se instala en la H de la plataforma para helicópteros de la Isla Pequeña. Si, efectivamente, se trata de ella, hay algo que no me cuadra. ¿A qué grupo pertenece? Yo estaba convencido de que era una imposible, pero una rampa como la suya, construida con tanta rapidez y eficacia, tiene que ser obra de un constructor, por fuerza. Así que no puede ser la misma persona, ¿verdad?

Mientras todavía estoy en el aire, veo aparecer de pronto una nueva construcción en forma de rampa. ¡Y allí está otra vez la chica! Con una agilidad y una rapidez fascinantes, asciende hacia la casa aislada en la cima rocosa. No me cabe ninguna duda de que va a llegar allí antes que yo. De repente, oigo a mis espaldas un silbido como de bengala. Cuando intento darme la vuelta para ver qué puede ser, veo pasar, bajo mis pies, ¡un cohete de bazuca! Alguien, escondido bajo una de las casetas del puente, acaba de dispararlo. ¡Qué horror! Veo claramente lo que pretende. Si el proyectil alcanza la construcción antes de que la chica haya bajado de ella, no sobrevivirá a la caída. Por suerte, al igual que yo, ella ha oído el lanzamiento y ya ha creado una rampa paralela, independiente de la primera. Al llegar a lo alto, sin perder ni un segundo, se lanza a la creación exprés de un refugio, desde donde abre fuego de inmediato. Para cuando llega la explosión, la amenaza ha sido eliminada. Acto seguido, la chica vuelve a dirigirse a la casa.

Debido a mi intento estúpido de girar, he perdido tiempo y altitud. Ya no voy a poder reunirme con ella en la cima de la montaña rocosa. No, no, ¡nooo! Choco contra la pared de roca y me deslizo penosamente hasta abajo del todo. Me siento débil, pero no pienso rendirme.

«¡JRRRRRR... EL OJO DE LA TORMENTA SE ESTÁ ESTRECHANDO... JRRRRRR!»

¡Oh, no! ¡La tormenta se ha vuelto a poner en movimiento y se acerca a la velocidad de un caballo al galope! Imposible utilizar la rampa, porque el cohete la ha destruido. No me queda otra que rodear la montaña rocosa. Ojalá vuelva a encontrarme a la chica al otro lado. ¡Pies, para qué os quiero!

CONSTRUIR UN MUNDO MEJOR

Corro como un poseso, con la tormenta en los talones. El perímetro de la montaña rocosa que estoy rodeando es irregular. Se asemeja un poco a un flan vaciado con una cuchara por diferentes puntos. Al doblar uno de esos huecos, me topo con otra rampa. Eso es que otra persona, procedente del sur, ha alcanzado la cima por este lado. Si asciendo por ella, corro el riesgo de ir derecho hacia otro encuentro desagradable. Pero qué le voy a hacer, esta construcción me ofrece un atajo para escapar de la tormenta y, sobre todo, quizá me ayude a encontrar a la chica. Subo los escalones de dos en dos. Son de piedra, mucho más sólidos y elaborados que los de la rampa de antes. Miro atrás para ver cuánto he avanzado respecto a la tormenta, y me detengo al darme cuenta de que ha hecho una pausa en su destructivo avance. Menos mal. Lo que no sé es lo que va a durar este respiro. Cuento con que el altavoz me avise cuando vuelva a desencadenarse. Con menos prisas esta vez, vuelvo a emprender la ascensión. Algo me dice que la cima no va a ser ningún remanso de paz y que no estoy subiendo una escalera hacia el paraíso.

Aquí echo de menos muchas cosas, y la música es una de ellas. Todo esto es muy estresante. Si pudiera oír algunas de mis canciones preferidas, aunque solo fuera la melodía, me ayudaría un montón a relajarme.

Alcanzo al fin la cumbre. Todo me parece demasiado tranquilo. Enfrente de mí, una cabaña se alza desafiante al lado de una casa de una planta, coronada por una chimenea monumental. A mi derecha hay un contenedor sobre la hierba, en mitad de la nada. ¿Cómo habrá llegado hasta allí? De repente, esta pregunta me descoloca un montón, porque echa por tierra toda mi teoría sobre cómo se repone el material. Si han descargado aquí este contenedor, eso quiere decir que todo el abastecimiento en este sitio de locos se organiza por vía aérea, no subterránea. ¡Grrr! Estoy hasta el gorro de todo esto. En cuanto elaboro una teoría, un nuevo descubrimiento la manda al traste.

Más lejos, a la izquierda, al borde del precipicio, alguien ha montado una cancha de básquet. ¡Cómo mola! Me habría encantado tener una en mi casa. Aunque, personalmente, yo no habría elegido un sitio así para instalarla. Aparte de dos empalizadas de madera, no han previsto nada que pare las pelotas. Si fallas un pase o un lanzamiento, ¡adiós pelota! ¡Vaya faenón sería recuperarla luego! Dejo la cabaña para otro momento y doy la vuelta a la casa. De ella han caído trozos de obra, y están desperdigados de forma totalmente anárquica. Una de las paredes del

edificio, al igual que el tejado, está reventada, lo que hace pensar que ha habido una movida gorda por aquí.

Me paro unos segundos para aguzar el oído. Cuanto más tiempo paso aquí, más cuenta me doy de lo mucho que un sonido puede prevenirte de algo que está por llegar. Pero, aparte del viento, nada perturba la tranquilidad del lugar. Prosigo con mi reconocimiento y acabó encontrando... ¡un camión de helados!

«¡JRRRRRR... EL OJO DE LA TORMENTA SE ESTÁ ESTRECHANDO... JRRRRRR!»

¡Maldita sea, ya vuelve a desencadenarse la tormenta! Pero vamos a ver: me parece estupendo que alguien quiera instalarse en plan ermitaño en la cumbre de una montaña rocosa, pero ¿por qué hay un camión de helados? Y, sobre todo, ¿cómo ha llegado hasta aquí? Tengo el presentimiento de que me esperan muchas más sorpresas.

Tengo que ponerme en movimiento, y no tengo otra opción que irme hacia el sur. Dejando la casa atrás, me acerco al contenedor y miro dentro. No hay nada. Un poco más lejos, al filo del precipicio, han montado una plataforma de madera parecida a un embarcadero. Puedo imaginar fácilmente la llegada de dirigibles para entregar mercancías o desembarcar visitantes. La verdad es que no he avanzado mucho. O bien el aprovisionamiento se hace por aire (lo que desmonta toda mi teoría sobre las galerías subterráneas), o bien se efectúa por medio de rampas que se retiran después. Aunque la madera me parece demasiado frágil para un camión, la piedra ya es una cosa más resistente. No me extrañaría que estas construcciones fueran el eslabón que me falta. En cualquier caso, explicarían, de una manera más o menos racional, algunas de las cosas raras que suceden en las dos islas.

«ESTÁS DENTRO DE LA TORMENTA: ¡CORRE!»

Estoy al borde del abismo, la lluvia y el viento ya me están debilitando. ¿Cómo voy a bajar de aquí? Me asomo para observar la pared rocosa. Creo distinguir un pequeño saliente más abajo. Si consiguiera deslizarme hasta él, tal vez podría ir bajando, en diversas etapas, sin hacerme demasiado daño. Solo tengo que... ¡Aahhhhh! Me ha resbalado un pie sobre los tablones mojados del embarcadero. Caigo rodando por la abrupta pendiente. Mis movimientos son totalmente descoordinados. Hago lo que puedo para agarrarme a cualquier cosa que tenga al alcance de la mano. No sé si ha sido al darme con algo, o si he tocado una parte de mi equipo sin darme cuenta, pero veo aparecer encima de mí, y luego a los lados, piezas de madera. De nada sirve, no consigo frenar mi caída. Ni siquiera sé si soy la fuente de esos trozos de construcción. Termino estrellándome contra el suelo y me desvanezco envuelto en un ruido sordo y aterrador.

Abro los ojos lentamente. Ya vuelvo a estar en la Isla Pequeña. Estoy casi seguro de haber conseguido formar trozos de rampas. Cuando han aparecido esos tablones mientras caía por la pendiente, no tenía a nadie cerca. No hay otra explicación. Había llegado a una conclusión equivocada sobre la gente de aquí. Algunas personas se han especializado en baile, otras en tiro y otras en construcción, pero eso no significa que no podamos dominar todos cada una de las técnicas. Tengo que encontrar el medio de aprender a construir.

Me sitúo a hurtadillas detrás de los constructores para observarlos. Pero tengo que confesar

que no estoy aprendiendo nada. Al parecer, no hay ningún gesto particular que realizar, las formas aparecen por sí solas a su alrededor. Por mucho que tanteo la mochila o haga el ademán de subir una escalera, esperando desencadenar la creación, no ocurre nada. ¿Cuál será el secreto? Lo único que no he probado hasta ahora es un pico que nos proporcionaron al llegar, pero es que ¡tampoco lo utiliza ninguno de los que están construyendo las estructuras! Los que manejan esa herramienta la emprenden varios segundos contra un árbol, una construcción o lo que sea para luego pasar a otra cosa.

«¡SALIDA DEL AUTOBÚS DE COMBATE EN DIEZ SEGUNDOS!»

Durante el viaje, decido que mi mejor baza es aislarme en un rincón de la Isla Grande y ponerme manos a la obra. Eso no quiere decir que me haya olvidado de mi mapa del tesoro, pero tengo que admitir que, si finalmente consigo construir puentes o incluso simples rampas, seré mucho más eficaz a la hora de explorar el entorno.

Unos minutos más tarde, ya estoy situado a una docena de metros de la cabaña desde la que se ve la Isla Pequeña, la que tiene la terraza orientada hacia tierra y no hacia el mar. Vaya tontería, cuando me acuerdo. Dedico un buen rato a observar a mi alrededor por si acaso algún «habitante» ha tenido la mala idea de elegir el mismo rincón que yo. Llego a la conclusión de que no. Así pues, me dirijo a la casita y bajo al sótano, a salvo de miradas indiscretas. Cojo el pico y ataco un barril de madera abandonado en una esquina. Basta un solo golpe para hacerlo estallar. Curiosamente, no queda ni rastro de él. Aunque he hecho un poco de ruido, diría que estoy lo bastante apartado como para no llamar la atención. Puedo continuar. Ahora pico unos tablones que sirven para proteger la escalera.

No estoy avanzando mucho, y me da la sensación de estar dando palos de ciego. Sin embargo, conforme voy corrigiendo mi postura, la madera empieza a desaparecer casi sin esfuerzo. Acabo demoliendo todo lo que me rodea. Es una sensación muy gratificante.

¡Uau! Empiezo a darme miedo. Acabo de destruir una vieja caja de fusibles que ha producido un bonito arco voltaico al extinguirse. Tengo que ir a muerte, sin pensar en las consecuencias. Aprender de los fracasos. El único aparato que queda todavía en pie en el sótano es un viejo calentador que decido perdonar.

Ataco la escalera. Está 100 % construida en madera, así que no hay riesgo. Mis movimientos son cada vez más fluidos, y me permito incluso ensayar más posturas mientras prosigo con mi trabajo de destrucción. ¡Estoy a tope! Ya lo he hecho desaparecer todo excepto el calentador. Satisfecho, contemplo la estancia y, ahora que solo queda el aparato de metal, tengo la impresión de que se está riendo de mí. ¡No por mucho tiempo! Salto con el pico en alto y ¡CRASH!, aporreo el objeto, esta vez cerrando los ojos (mi valor tiene un límite). Abro un ojo, luego el otro. Ahora sí, ya no queda nada. Respiro hondo, orgulloso del trabajo cumplido, cuando, de pronto, me asalta un pensamiento muy agobiante. ¿Cómo voy a subir, si he aniquilado la escalera? ¡Glups! Si necesitaba una prueba de que lo mío es actuar y no pensar, ahí la tengo.

Dando un salto frenético tras otro, intento, con mucho esfuerzo, agarrarme al suelo de la planta baja para subir a ella. Sin éxito. Ahora que lo he destrozado todo, no tengo ningún modo de salir de aquí. Cómo he podido ser tan inútil es algo que no sé explicar. Bueno, cuando llegas a un callejón sin salida, lo más eficaz sigue siendo dar marcha atrás. Así que retrocedo unos pasos para analizar la situación. Agarro las correas de la mochila, como haría un chaval yendo al cole, y por fin aparece: mi primera rampa. Al principio, en forma de holograma. Sorprendido, cierro

las manos con fuerza. Acompañada de un pequeño ruido como de construcción, mi vía de salida se materializa en pocos segundos. Increíble. Tenía razón, ¡soy capaz de fabricar elementos! Me invade un sentimiento de satisfacción y poderío. Me doy la vuelta y hago aparecer otra construcción en el techo, luego otra más, y luego ya nada. Por mucho que tire de las correas con la convicción del que ordeña una vaca, el sistema ya no responde. Sin dejarme llevar por el pánico, decido salir de esta ratonera antes de que las cosas vayan a peor. Prudencia ante todo.

Una vez al aire libre, compruebo que no haya nadie en los alrededores. Me voy a la parte de atrás de la cabaña para recuperar la calma. Enfrente de mí se alzan dos árboles majestuosos, y a lo lejos puedo ver la Isla Pequeña. Intento reproducir el milagro de la construcción. Una vez más, sin efecto alguno. Empiezo a mosquearme. ¿Por qué nunca sale nada como yo quiero? Furioso, ataco los dos árboles con el pico. Sin cansarme en absoluto, acabo haciéndolos desaparecer. La vista está ahora totalmente despejada. Me pregunto qué distancia separará las dos islas. ¿Sería posible construir una rampa lo bastante grande como para unir las? Todo el mundo se encuentra siempre o en una o en otra, pero ¿qué pasaría si lograra infiltrarme en la parte donde no hay nadie en ese momento? A lo mejor presenciaria los secretos del suministro. Y esa sería la ocasión de darme el piro. Pero claro, antes de eso, tendría que entender cómo funcionan estas dichosas construcciones. Es entonces cuando se produce algo increíble que disipa mis dudas de un plumazo: ¡al agarrar inconscientemente las correas de la mochila, vuelve a aparecer el holograma de la rampa!

¿Cómo he podido ser tan tonto? ¡Lo que ha marcado la diferencia entre antes y ahora ha sido mi pequeña rabieta contra el mundo! El pico me permite reunir materias primas a las que luego puedo recurrir. Y, cuando se agota el material, adiós a las construcciones.

Echo un vistazo a la cabaña. Hay unas rocas que piden a gritos que alguien las elimine. ¿Será mi herramienta lo bastante dura como para llevar a cabo un trabajo así? Pocos segundos después, ya estoy imitando a un condenado a trabajos forzados. La piedra desaparece casi tan rápido como la madera. En cuanto termino, echo mano de las correas. Pero no es tan fácil. Las estrujo en todas direcciones. Sin acabar de comprender cómo, consigo modificar las formas y las inclinaciones de los hologramas. Y, de repente, ¡PREMIO! Logro pasar de un material a otro. ¡Toma ya! ¡La libertad ya es mía!

Si quiero hacer construcciones útiles, antes tendré que recopilar mucho material. Para evitar al máximo los encuentros indeseados, voy bordeando la costa, destruyendo a mi paso todo lo que pillo. Como siga así, acabarán llamándome «el Atila de la isla». Mi campaña de recogida me lleva al sur, hasta una parte muy montañosa. Decido conquistar una pequeña cresta que ofrece unas vistas magníficas además de muchos recursos interesantes. En un abrir y cerrar de ojos, llego hasta allí, acumulo una buena cantidad de madera y descanso unos segundos para admirar el paisaje.

Un poco más al este se yergue un árbol imponente, en lo alto de una montaña rocosa. Más abajo, al sur, diviso una casa en ruinas, y un poco más lejos unos abetos dejan entrever un grupo de viviendas.

«ESTÁS DENTRO DE LA TORMENTA: ¡CORRE!»

¡Oh, no! Se me ha ido la pinza. He debido de estar tan ocupado repartiendo golpes de pico que ni siquiera he oído los mensajes de aviso anteriores. Ahora me toca correr. La montaña que he visto antes me parece la mejor opción para huir de la tormenta. Allí estaré a salvo por un tiempo.

Al bajar de la cresta, me fijo en un inmenso pórtico que hay a la entrada de la zona habitada. Tiene una especie de plataforma en lo alto, pero no alcanzo a comprender su utilidad. Voy a tener que darme prisa si no quiero acabar desmayándome. Paso junto a una pequeña cabaña con una televisión encendida que no muestra más que niebla en la pantalla.

Las preguntas se me agolpan en la cabeza, al mismo tiempo que la razón y el instinto me empujan a correr más y más. Al pie de la montaña rocosa, tanteo con dificultad la mochila. Aparece un holograma de un plano inclinado, y enseguida tengo construida una rampa. Comienzo a subir por ella cuando me doy cuenta, horrorizado, de que he apuntado mal. Mi estructura se ha clavado en la ladera. Tendría que haberla empezado mucho más arriba. Para salir de la tormenta, ¡tengo que alcanzar la cima a toda costa! Y encima me encuentro fatal. Tengo que cambiar la orientación de los tablones para fabricar una segunda rampa que bordeé la ladera. De este modo, podré seguir ascendiendo.

De repente, oigo un ruido que no me gusta ni un pelo. Más abajo, mi primera estructura se hunde. Alguien está ametrallando a conciencia mi creación. Rápido, la cumbre, ¡RÁPIDO! ¡Antes de que todo desaparezca! Las balas acribillan la madera, que se rompe casi al instante. Mientras acelero hacia la cima sin parar de correr, los últimos tablones ceden bajo los disparos de mi atacante. Mi caída es inevitable.

EL PRESENTIMIENTO

Ploc...

Con las balas silbando todavía a mi alrededor, experimento la caída más patética de mi vida. Tras llegar al extremo de la segunda rampa, me doy cuenta, al desplomarme, de que estaba situado justo en la cima de la montaña rocosa. ¡Así que habré caído desde una altura de nada menos que treinta centímetros!

Acucillado, corro a esconderme detrás de un árbol inmenso. Su forma, bastante ridícula, me recuerda a una seta. Prefiero no derribarlo, ya que me ofrece una protección nada desdeñable. El ataque cesa por fin. Tengo que tomar una decisión ya. La tormenta no tardará en volver a ponerse en movimiento, y va a ser difícil escapar de todo a la vez.

Hago aparecer el holograma de una empalizada. Me ha parecido que los disparos venían de las viviendas. Me asomo por el borde para ver si es así. Si vuelven a abrir fuego, me construiré, en un abrir y cerrar de ojos, una protección improvisada que me ayude a ganar tiempo para volver a ponerme a salvo. Avanzo con prudencia. Todo está en calma. Hasta que mi pequeño altavoz escupe de repente:

«¡JRRRRRRR... ESTRECHAMIENTO EN 3 MINUTOS Y 19 SEGUNDOS... JRRRRRRR!»

El tiempo se agota, y no puedo aplazar mucho mi descenso desde este observatorio. Mientras tanto, no detecto ningún movimiento sospechoso. En cambio, me fijo en la gran estructura que hay a la entrada de la zona habitada. Desde este ángulo, descubro que no se trata de un pórtico... ¡Es una silla! ¡Una silla gigante! Si es la que yo me imagino, eso significa que...

Mi mirada se dirige a las casas y, efectivamente, sobre el tejado de una de ellas se encuentra un coche, hundido en las tejas, como si fuera un barquillo clavado en una copa de helado. ¡Viva! ¡Por fin he localizado los elementos del mapa del tesoro! Ahora, ¡solo me queda encontrar la ubicación exacta de la gran X roja. Si no recuerdo mal, debe de estar por aquí, más abajo, al pie de un abeto. Voy a tener que registrar toda la zona a golpe de pico. Lo malo es que, con ese francotirador por ahí rondando, lo voy a tener chungo. Pero cada cosa a su tiempo. Antes que nada tengo que bajar de la cumbre. Intentaré encontrar un camino por detrás, para atraer la

atención lo menos posible. Por el este, la pendiente es más suave que por ningún otro lado. Con un poco de suerte, podré encontrar un saliente rocoso donde refugiarme en caso de que surjan problemas. Por aquí debería bajar resbalando como en un tobogán sin hacerme daño. Me reservaré las construcciones como un as en la manga, por si la situación se pone fea. Me acerco al borde, hago una profunda inspiración y, echándome tan atrás como puedo, me dejo llevar por la pendiente. Primero con las manos, y luego con el cuerpo entero, freno mi descenso en la medida de lo posible. Acabo llegando a una plataforma natural envuelto en una nube de polvo. Me agacho otra vez y empiezo a aproximarme a las casas para examinar mejor la situación.

«¡JRRRRRRR... EL OJO DE LA TORMENTA SE ESTÁ ESTRECHANDO... JRRRRRRR!»

¡¿Ya?! Justo después de la difusión del aviso, veo al francotirador salir de detrás de la cerca que rodea la casa del coche. Su rápida carrera, intercalada con saltitos de cabra, le permite salir rápidamente de mi campo de visión. Eso es que a él le llegan los mismos anuncios. En lugar de emboscarse, ha preferido salir huyendo. Vía libre, pues. Ya casi no me queda tiempo, solo el justo para encontrar el abeto indicado por la X roja del mapa del tesoro. Para llegar al llano, otra vez me toca deslizarme sobre la espalda. La pendiente ya no me parece tan empinada, solo un poco más larga. ¡Vale la pena intentarlo! Si tuviera un trineo para bajar, ni me lo pensaría. Allá voy. Noto que se me calienta el cuerpo a medida que voy ganando velocidad. El roce es cada vez más fuerte, y el polvo acaba formando una gran nube. Ignoro si es la adrenalina de la bajada o la visión de la tormenta que se me echa encima, pero el caso es que no siento ningún dolor. Acabo el descenso sin dificultad en el camino que rodea la montaña rocosa. Frente a mí, sobre una pequeña colina, se alza un abeto majestuoso. En unas pocas zancadas, llego rápidamente al pie del árbol. Saco el pico. En menos de diez segundos estaré envuelto en gas azulado, pero ese tiempo me basta para derribar el árbol y descubrir lo que esconde. Un golpe. Dos golpes. Al tercero, el abeto desaparece en un gran estallido de luz que me ciega por completo. Oigo un estrépito de gritos y aplausos, seguido de un pitido estridente. Tan rápido como han llegado, todos esos ruidos cesan de golpe. Unos segundos después, recupero mis sentidos. Me cuesta respirar. Estoy dentro de la tormenta. Miro hacia abajo. Miro a mi alrededor. Nada ha cambiado. Nada se ha movido. Pero, por un segundo, había un ambiente como de estadio de fútbol. Pero no, eso es imposible. Tiene que haber sido otra cosa. ¡No he llegado hasta aquí solo para que me fulmine un rayo! Me dan ganas de rendirme, aunque sé que eso no va a cambiar nada. Tengo que espabilar.

En apenas unos segundos, y a pesar de la decepción, consigo recuperar la compostura. Estoy en plena tormenta y no puedo quedarme parado. Bajo pitando hacia el río. Mientras corro, me doy cuenta de que no me encuentro nada bien. No es solo el gas, hay alguna otra cosa... Una sensación como de estar perdiendo el control de la cabeza, de forma intermitente. Trago saliva, me froto los ojos... Nada sirve. Atravieso la pequeña corriente de agua y salgo al fin del alcance de la nube destructiva. Una angustia indescriptible se apodera de mí. Me da la impresión de que alguien, o algo, me observa. Un poco más al sur, detrás de un árbol, diviso una cabañita de madera. Es un escondrijo ideal. Necesito pararme un poco a pensar sobre todo este lío.

A unos kilómetros de allí...

La luz natural no entra en la minúscula sala. La única iluminación procede de una docena de pantallas de control, con las que un grupo de hombres y mujeres escanean la Isla Grande. Algunas muestran la tormenta, otras no.

La sala de producción televisiva es un hervidero de actividad. De pronto, detrás de una gran consola, un operador cae presa del pánico: mira el tablero de control con los ojos desorbitados y manipula frenéticamente una serie de botones.

—Pero ¿esto qué es?! ¿Será posible? La transmisión en directo ha saltado al sistema de grabación.

Uno de sus colegas levanta la cabeza y se gira para mirarlo.

—¿Qué estás diciendo?

—No sé cómo ha podido pasar, pero ha habido un problema con la toma de sonido. Se ha producido un efecto extraño con la consola cuando el candidato ha descubierto el secreto. Una retroalimentación a lo bestia. Incluso puede ser que haya oído al público del estadio a través de su pequeño altavoz.

—¡No fastidies!

—Te lo juro...

Mientras los demás técnicos siguen sin prestar atención a la conversación, un hombre, con una chaqueta negra sobre una camiseta con el eslogan «No Future», irrumpe en la sala.

—¿A qué ha venido ese pitido?! ¿Es que queréis que todo el mundo se ría de nosotros?

—Solo ha sido una retroalimentación. Estoy en ello, aunque no entiendo cómo ha podido pasar.

—¡Me importa un comino que lo entiendas o lo dejes de entender! ¡Lo que quiero es que todo funcione como es debido! ¡Punto pelota! Detrás de esa puerta hay quince como tú deseando ocupar tu silla, ¿estamos? ¡Así que no quiero que se repita!

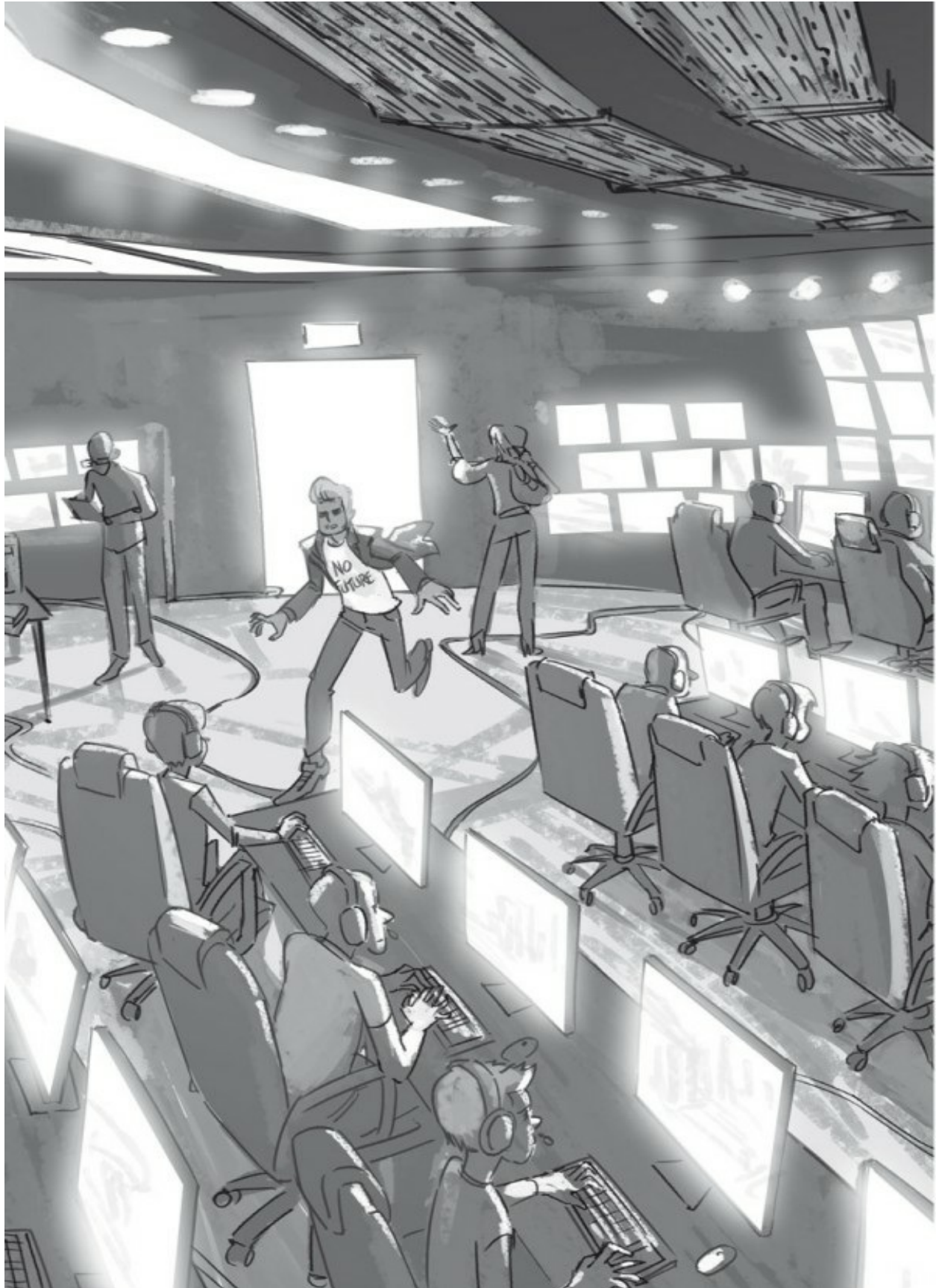
Y tan rápido como ha entrado, vuelve a salir. Pero no pasan ni tres segundos antes de que la puerta vuelva a abrirse. El mismo hombre, tan sulfurado como antes, asoma la cabeza lo justo para añadir:

—¡Es el programa de telerrealidad más ambicioso, grande y bestia que jamás se ha creado! Si estáis aquí, es porque se os considera los mejores, de forma que ¡estad a la altura! ¡El país entero nos está observando, el mundo entero nos está observando, y YO también os estoy observando!

Terminada la bronca, se va dando un portazo.

Una hora más tarde, en una sala de reuniones...

Con la cara hundida en las manos, el hombre de la chaqueta negra está sentado en el centro de una gran estancia. Lo rodean un puñado de colaboradores, todos ellos concentrados en sus tabletas y teléfonos móviles. Enfrente del hombre, una pantalla gigante muestra gráficos, porcentajes y todo tipo de cifras relativas a los diferentes habitantes de las dos islas. En el enjambre de datos se encuentra la foto de Paul. Un ejecutivo joven, con unas gafas sobre la nariz, está dictando un balance de la audiencia, los votos y los beneficios generados, en función de los distintos sucesos que se producen en la Isla Grande. El hombre de la chaqueta negra se recompone al fin y mira fijamente la cara de Paul en la pantalla gigante. Interrumpe el informe de resultados para decir:



—Y ese tío ¿quién es?

Una joven colaboradora se incorpora inmediatamente, pasa el dedo sobre la tableta, dos veces en una dirección y luego una vez en la otra, y responde:

—Un «bambi».

—¿Cómo?

—Un bambi, un novato, un don nadie. Pero no un bambi pequeño, sino uno grande, un top 3 en la categoría de campeón del mundo. Desde que empezó, no ha tocado a nadie...

—Y ¿cómo ha ido a parar ahí?

La joven manosea la pantalla cada vez más rápido.

—Ha seguido el proceso normal de selección. Ningún enchufe ni recomendación, nada de eso.

—Y ese don nadie ¿va y trinca el bonus del mapa del tesoro delante de todo el mundo?

—Para ser más exactos, ha sido el tercero en encontrarlo...

El hombre de la chaqueta negra hace una enorme inspiración y vuelve a hundir la cabeza entre las manos. Todos los que están sentados en torno a la mesa adoptan una actitud muy seria. El ambiente distendido que reinaba al principio de la reunión ha desaparecido por completo. El hombre prosigue:

—Y ese tío ¿no ha tocado a nadie desde que empezó? ¿Seguro?

—Según las estadísticas, no ha disparado ni una sola bala.

Se hace el silencio. En la sala de reuniones, la tensión pasa al siguiente nivel. Todos están esperando a que se tome una decisión.

—Me apuesto lo que queráis a que se trata de un periodista, un militante ecologista o algo por el estilo. ¡Ese tío es un mindundi que se cree un gran reportero y que lo único que pretende es cargarse el programa desde dentro! Quiero para ayer un informe completo sobre él. ¡Quiero saberlo todo! Así que ¿ese chaval quiere jugar con nosotros? Pues vamos a darle lo que quiere, ya puede contar con ello.

Dicho esto se levanta y, antes de irse, añade:

—Y no quiero que se le dé ningún protagonismo en horario de máxima audiencia, ¿de acuerdo? Se ha embolsado los puntos de bonus del mapa, muy bien, habrá que mencionarlo, pero no quiero ver su cara de sobrado en las emisiones, ¿ha quedado claro? En todo caso, lo menos posible...

Una hora más tarde...

Después de quitarse la chaqueta, nuestro hombre se retrepa en un cómodo asiento acolchado. Detrás de un gran escritorio donde se acumulan los dosieres, los folletos y otras publicaciones, habla por teléfono, con los ojos cerrados en tono tranquilo.

—Ya... ya. Es que no me lo explico. Y ¿tú estás segura de que no ha tocado ni una sola arma? ¿Has repasado todos los vídeos? ¿Todos?

Y después de por lo menos un minuto sin haber pronunciado palabra, se incorpora al fin para consultar un dossier que hay abierto delante de él.

—Antes de que encontrara el bonus, nadie hablaba de él, ¿verdad? Vale. Las redes se vienen arriba enseguida, eso es típico. Siempre están pendientes de descubrir al nuevo diamante en bruto o al nuevo campeón de los panolis.

Y, después de una nueva pausa, agrega:

—Qué más da... A mí eso me importa un bledo. Tú no lo pierdas de vista. Quiero que estés pendiente de todos sus movimientos. A la mínima que haga una de las suyas, quiero estar

informado. Y, para la próxima emisión en horario de máxima audiencia, vamos a exprimir a otro personaje, ¡el Ángel de la Muerte! Sacadle jugo a cualquier cosa, lo que sea. Poned en su boca una frase que os hayáis inventado, trucad una foto si es necesario, convertidlo en el centro del universo. Creadme una pantalla de humo, eso nunca falla.

Cuelga el teléfono y, una vez más, pasa la vista por el dossier que tiene bajo los ojos antes de cerrarlo. A solas en su despacho, se dirige entonces a la foto de Paul que ocupa la primera página del legajo.

—No sé quién eres todavía, pero ya me enteraré. Te crees que puedes reventar el tinglado desde dentro, ¿eh? Pues bien, a ti sí que te voy a reventar como a un simple globo de agua... y todo lo que oiremos de ti será un inocente ¡puf!

Perdido en Battle Royale
Mathias Lavorel

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

“Fortnite” es una marca registrada de Epic Games. Todos derechos reservados. Este libro no es un producto oficial de Fortnite, o un producto aprobado por o asociado con Epic Games.

Los otros nombres, personajes, lugares y tramas son o bien inventados por el autor o usados de una forma ficcional.

Publicado originalmente en francés bajo el título: *Fortnite - Balade Royale*
© 2019, 404 éditions, un sello de Édi8, Paris, Francia.
«Fortnite» es una marca registrada de Epic Games

Ilustraciones del interior: Saboten
© de la traducción: Delivering, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-08-21344-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

Table of Contents

[SINOPSIS](#)

[PORTADILLA](#)

[1. UN JARRO DE AGUA FRÍA](#)

[2. LA HISTORIA SE REPITE](#)

[3. ¿POR DÓNDE SE SALE? \(LA ISLA PEQUEÑA\)](#)

[4. ¿POR DÓNDE SE SALE? \(LA ISLA GRANDE\)](#)

[5. ESTÁS DENTRO DE LA TORMENTA: ¡CORRE!](#)

[6. TERCERA PUERTA A LA DERECHA](#)

[7. UN FONDO VERDE ESPERANZA](#)

[8. CONSTRUIR UN MUNDO MEJOR](#)

[9. EL PRESENTIMIENTO](#)

[CRÉDITOS](#)